

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

«LA GUERRA QUE PUSO FIN A LOS IMPERIOS»



«Recuerden esto los príncipes y los que gobiernan a los pueblos, y consideren si es prudente y saludable consejo, tanto para el poder público como para los ciudadanos, apartarse de la santa religión de Jesucristo, que tanta fuerza y consistencia presta a la humana autoridad. Harto nos demuestra la experiencia que la autoridad de los hombres parece allí donde la religión es desterrada. Les queda, es verdad, la fuerza, y de ella acostumbran usar, para sofocar las rebeliones».

BENEDICTO XV, 1 de noviembre de 1914



El fin del Imperio y la primera guerra mundial

El genocidio armenio

«Laudato si'»

Año LXXII – Núm. 1011
Octubre 2015

Centenario del nacimiento del padre Coloma

Sumario

La Gran Guerra (1914-1917) <i>José M^a Alsina Roca</i>	3
«Esperábamos la paz y este bien no vino» <i>Luis Creus Vidal (†)</i>	4
La primera guerra mundial y la crisis de la modernidad <i>Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	7
En torno al fin del Imperio austro-húngaro <i>Javier Rodríguez Prada</i>	10
Carlos I de Austria y IV de Hungría, el último emperador <i>Zina Vasilache</i>	12
La emperatriz Zita <i>Z. V.</i>	15
El genocidio armenio, el primer genocidio del siglo XX <i>Francesc M^a Manresa i Lamarca</i>	17
El genocidio armenio. Cronología <i>F.M</i>	21
I centenario de la muerte del padre Luis Coloma (1915-2015) Parte I <i>Santiago Arellano Hernández.</i>	23
Ante la reciente encíclica del Papa sobre el cuidado de la casa común <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	27
Se acerca el invierno para los cristianos en Oriente Medio <i>Josué Villalón</i>	30
La contienda interior de la madre Teresa de Jesús y un elogio póstumo <i>Santiago Arellano Hernández</i>	32
«Es muchísimo lo que está en juego» <i>Cardenal Carlo Caffarra</i>	34
La Virgen de los Reyes <i>Fernando Pueyo Toquero</i>	37
Beatificación de tres religiosas mártires del Instituto de San José de Gerona <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	39
Pequeñas lecciones de historia	42
Actualidad religiosa	43
Actualidad política	45

EL año 1967 uno de los habituales colaboradores de nuestra revista desde su fundación Luis Creus Vidal iniciaba una larga serie de más de cincuenta artículos con el título de teología de la historia conmemorando los cincuenta años de los acontecimientos que transcurrieron en torno a 1917, es decir, sobre los años de la primera guerra mundial. Esta larga reflexión sobre una de las coyunturas más decisivas de la historia de la humanidad pone de manifiesto uno de los temas más centrales de nuestra revista: la teología de la historia. Se nos invitaba a contemplar «*sub specie aeternitatis*» cómo el mundo moderno se ha ido apartando de Dios, y cómo debe ser esto motivo para reafirmar nuestra esperanza en la misericordia divina. Hoy volvemos sobre estos mismos temas aprovechando la circunstancia del centenario de aquella Gran Guerra que se inició en 1914. Además de recordar brevemente algunos aspectos políticos e ideológicos que significaron la culminación de una época revolucionaria que se había iniciado en 1789 con la Revolución francesa, y tendría su consumación con la Revolución soviética de 1917, hemos querido dedicar nuestra atención a otros aspectos de aquellos años también muy significativos. En primer lugar recordamos al beato Carlos I, el último emperador de Europa. Su biografía es un ejemplo de una vida que, en medio de circunstancias políticas muy críticas para su país, dio testimonio de fidelidad a Dios. De igual modo también nos hacemos eco de la vida de su esposa la emperatriz Zita, en proceso de beatificación, que durante la vida de su esposo y después durante los largos años de exilio constituyó un recuerdo viviente de lo que habían sido los monarcas europeos en tiempos de la Cristiandad. Otro acontecimiento del que nos hemos ocupado y del que ahora se cumplen justamente cien años es el genocidio armenio, el primer genocidio europeo del siglo xx, más de un millón y medio de cristianos armenios fueron asesinados por un poder que unió el odio anticristiano de ciertos sectores islamistas con el nacionalismo más radicalmente laico de corte occidental. En nuestros días en que se recrudece la persecución de los cristianos en países islámicos y con la complicidad silenciosa del laicismo europeo el recuerdo de los mártires armenios tiene que ser motivo de esperanza para toda la Iglesia. El Papa actual en reconocimiento a la fe de este pueblo que a lo largo de toda su historia ha dado múltiples pruebas de su amor a Cristo, ha proclamado doctor de la Iglesia el pasado mes de abril a un santo armenio: san Gregorio Narek.

Cuando este número haya llegado a sus casas el Papa habrá canonizado a Luis Martín y Celia Guérin, los padres de santa Teresa del Niño Jesús, ceremonia que habrá tenido lugar al clausurarse el Sínodo de los obispos dedicado a las familias. Anunciamos a nuestros lectores que estos esperanzadores y gozosos acontecimientos eclesiales constituirán el tema del próximo número de la revista.

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2^a
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

La Gran Guerra (1914-1918)

JOSE M^a ALSINA ROCA

LA guerra de 1914, calificada inicialmente como la Gran Guerra, es uno de los acontecimientos más decisivos de toda la historia de la humanidad y dará lugar, sin ninguna duda, a un antes y a un después de esta historia. Muchos son los aspectos que podemos señalar que dan razón de este apelativo de «gran» y de la trascendencia de las consecuencias que se derivan de este decisivo enfrentamiento bélico. Por primera vez todas las grandes potencias se vieron involucradas, y aunque se desarrolló en un escenario militar preferentemente europeo se extendió por otros continentes, con un número de víctimas muy superior al de cualquier conflicto bélico anterior. Una guerra que viene precedida por un largo periodo de crecimiento del bienestar económico de los países que entrarán en conflicto, que va unido aun propósito de mayor expansión colonial. Destaca entre todos el Imperio británico que llegará en estas fechas a alcanzar el zénit de su auge imperial: aproximadamente una cuarta parte de la población mundial quedaba bajo su dominio.

En la Europa central coexistían aún dos grandes imperios. El Imperio austro-húngaro de larga tradición histórica, nada menos que es el heredero postnapoleónico del Sacro Romano Imperio creado por Carlomagno. Y otro de reciente creación: el Imperio alemán (Deutsches Reich), surgido también de las consecuencias de la Europa postrevolucionaria, bajo el impulso de los nuevos ideales nacionalistas. Estos dos grandes imperios están a su vez «vigilados» por otros imperios: en el este, el Imperio ruso de los zares, y más al sur, el Imperio otomano de los turcos.

Si contemplamos el mapa de Europa una década más tarde, el panorama habrá cambiado radicalmente, desaparición de los dos imperios europeos y del Imperio turco, nuevas naciones, algunas de ellas con fronteras absolutamente convencionales, (Yugoslavia, Checoslovaquia, etc). Una nueva gran potencia en la Europa del Este: la U.R.S.S, el ateísmo revolucionario ha conquistado el poder del país más extenso del mundo con el propósito de dominio mundial. El Imperio británico, que inmediatamente después de la guerra aún extendió más sus dominios, sin embargo ya ha empezado ahora su declive definitivo. La Declaración Balfour de 1926 y Estatuto de Westminster de 1931 marcan el inicio de una nueva época para Inglaterra. Finalmente destacar la emergente gran potencia mundial del siglo xx: Estados Unidos de América.

La consecuencia de una guerra mundial sin precedentes: un mundo irreconocible si lo comparamos con la situación de principios de siglo xx, Los cambios no simplemente se reflejan en nuevas fronteras y en nuevas naciones, es un nuevo mundo el que ha surgido; nuevas potencias mundiales, nuevos dominios a nivel mundial de tipo político y económico, triunfo de nuevas ideologías revolucionarias. Actitudes políticas antagónicas coexisten en un aparente y a veces real enfrentamiento: nacionalismo con cosmopolitismo, liberalismo con socialismo, democracia con totalitarismo, pacifismo a ultranza con rearme militar. Todo ello propiciará un situación internacional confusa, caracterizada por una paz precaria, teóricamente salvaguardada por la impotente e inoperante Sociedad de Naciones, como queda de manifiesto con el inicio del nuevo conflicto, la segunda guerra mundial, en 1939.

Terminamos con una breve reflexión a la luz de la teología de la historia. Nos parece que se puede afirmar que el resultado de todo este proceso es un mundo más explícitamente dominado por fuerzas e ideologías anticristianas. Las apariencias religiosas que aún estaban presentes de diversos modos en la vida pública en diversos estados a principios del siglo xx, desaparecerán durante estos años. Sin embargo, no hay que olvidar un hecho inesperado que marca una nueva esperanza: Fátima. Las palabras de la Virgen: «La guerra pronto terminará... comenzará otra peor... Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará». Se repite la historia que se inicia con la misma historia de la humanidad. Cuando parece que el triunfo del maligno es definitivo, la misericordia de Dios se manifiesta con el anuncio del triunfo de la Virgen: «Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza». (Gén 3,14)

«Esperábamos la paz y este bien no vino...»

LUIS CREUS VIDAL

Reproducimos a continuación un artículo escrito en septiembre de 1948 por Luis Creus Vidal, asiduo colaborador de CRISTIANDAD durante casi cincuenta años. El escrito viene precedido por un breve comentario incluido en el número que CRISTIANDAD dedicó a su persona con motivo de su fallecimiento (marzo-abril 1991).

La paz, bien prometido a la humanidad, que ésta quiere buscar fuera de los caminos por los que Dios va a concedérsela, es el tema del magistral artículo que en 1948 publicó Luis Creus y que en síntesis reproducimos. Partiendo de 1917, año crucial en la época moderna a la luz de la encíclica «*Ubi arcano*» de Pío XI de 1922, analiza los acontecimientos de aquellos llamados «felices años 20». Cuando Creus dedicó su larga serie de artículos a las consecuencias de lo fraguado en 1917, a algunos nos parecía excesiva la trascendencia que el autor les atribuía. Hoy con la perspectiva de los 75 años son ya muchos los que reconocen sus consecuencias en los más grandes problemas internacionales de los años 90. Acontecimientos como la fragmentación del Imperio austro-húngaro en estados artificiales e inviables; El fin del Imperio turco de la Media Luna, no sustituida por la Cruz, sino por los intereses del poder económico mundial, creador del moderno Israel ateo, y el paradójico despertar de su sueño del viejo islam. La repetida cantinela del «nuevo orden mundial» que tras la guerra del Golfo y su precaria paz, entonan otra vez los Wilson y Roosevelt de hoy, aunque su credibilidad es ya nula. El desplome del comunismo, considerado por unos como el futuro irreversible y por otros como el definitivo anticristo, —cuando ha sido y es sólo el temporal instrumento de la Providencia para castigar a la Cristiandad apóstata tal como anunció la Virgen en Fátima en 1917... Todo ello bajo el ansia de paz de la humanidad, que ahora se le promete, no ya como fruto del equilibrio del terror, como en los últimos cuarenta años, sino como logro del bienestar que trae la democracia. Hoy es más urgente que ayer el mensaje de que sólo Cristo puede traer y va a traer la paz al mundo, y que la paz de Cristo viene sólo con el Reino de Cristo tal como Luis Creus nos lo recuerda, en los fragmentos de los dos artículos que reproducimos, separados por treinta años de incesante afirmación.

La desmembración del Imperio austro-húngaro

EL 30 de junio de 1919 se firmó el Tratado de Versalles. A éste habían seguido los de St. Germain, de Trianon, de Sèvres... Tratados... tratados... tratados...

Había cambiado la geografía.

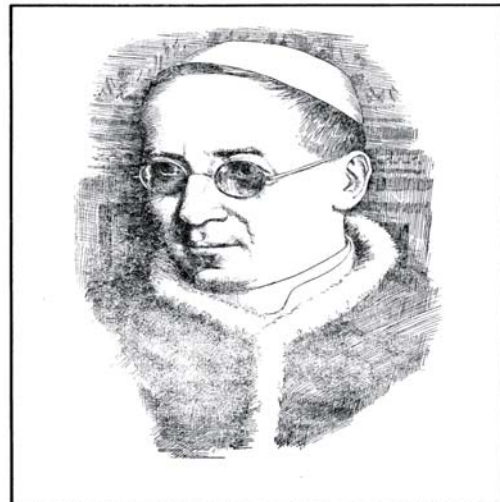
Quedaba disuelto el Imperio alemán fundado por Bismarck; sus colonias habían sido colocadas bajo mandato; la mayor parte de ellas bajo el de Inglaterra y algunas bajo el de Francia (Declaración franco-británica de 10 de julio de 1919). Las oceánicas habían pasado al poder del Japón.

Se había disuelto el Imperio austro-húngaro, y

acababa de desaparecer con él una institución que luego, la historia y la geografía han demostrado hasta la saciedad lo necesaria que era para mantener una estabilidad y una feliz convivencia entre los pueblos danubianos. Macrocéfala, la insignificante república austríaca se debatía en la más angustiosa miseria. El orgulloso y bravo pueblo magiar había sido materialmente despedazado. Y al conjuro de la voz wilsoniana de la «resurrección de los pueblos» y de su «libre determinación» una serie de nacionalidades, hartas discutibles surgían afectadas no sólo de la herencia de un común vínculo sectario germinado en odios, sino de otro defecto, quizá el más grave que puede ostentar toda obra política: la improvisación.



Benedictus PP. XV



Pius XI

Con el fin del Imperio turco renace el islam

SE había disuelto el Imperio turco. Justo castigo es cierto, que en la hora de la Providencia había, por fin, sonado para el que había sido enemigo secular del nombre cristiano. Más la destrucción del viejo solar de la barbarie no había sido llevada al cabo bajo ningún signo de cruzada. Las tropas de Allenby, que en 1917 habían «liberado» los Lugares Santos, no tenían, ciertamente nada de Godofredos. Su objetivo no había sido el de rescatar el Santo Sepulcro, sino que visaba, más que otra cosa, a la ocupación del lugar estratégico que es y será siempre el auténtico centro del mundo: camino de la India, y al mismo tiempo salida natural del misterioso líquido que mueve los motores de las modernas naves del mar y aire. Y menos trataban de instaurar ahora una cristiana monarquía ungida de rodillas sobre el terreno sacro de la redención; por el contrario, si la Media Luna se eclipsaba en Constantinopla, adquiriría renovado creciente con el resurgir de los pueblos árabes que se beneficiaban de las intrigas de Lawrence. y se producía el fenómeno paradójico con ello en definitiva de un insospechado despertar del viejo islam.

El nuevo orden mundial

EN 1917 Benedicto XV había dirigido a ambos beligerantes una proposición de paz honrosa para las dos partes, una proposición que había sido recogida por el bando que ya se sentía más débil, y que había sido rechazada por el adalid del que se sabía más fuerte: Wilson, desde el olimpo de su elevada terrenal magistratura. A la alta y providente previsión del Vicario de Cristo, había osado el presidente americano, constituido en santón de todas las utopías, oponer sus famosos Catorce Puntos... ¿Para

qué el Mundo había de fijar sus ojos en Roma, si desde lo alto del Capitolio, allí en Washington, rodeado de todos los prestigios modernos, un gentleman daba fórmulas elevadas paz y la liberación? ¿No era más propio de nuestros tiempos aquella solemne reunión de fracs y de smockings que aquella otra; la «caduca» visión de una Tiara y de unas púrpuras? ¡Woodrow Wilson! ¡Pocas veces la humanidad entera se ha dejado sugestionar de tal manera!

Pocas veces la voz profética fue tan exacta: «Esperábamos la paz... Esperábamos la luz...», porque la ilusión de la utopía se extendió por el mundo todo bajo la augusta sombra del superhombre que llegaba de allende el Atlántico, la humanidad toda quedó como embobada, creyó en todo... Creyó, nada menos que ya le llegaba un milenio de paz a la sociedad atormentada... Todos creyeron en el Presidente... todos menos —signo precisamente de los tiempos— sus propios «súbditos». Mientras Europa caía delante de él en adoración, se promovía, en su propio feudo, en la poderosa república americana, una corriente de opinión contraria, casi furiosa, que había de derribarle primero y llevarle a la tumba después...

«Shakespeare no hubiera podido imaginar tragedia mayor que el fin de Woodrow Wilson...», dice Maurois en su *Historia de los Estados Unidos*.

«Esperábamos la luz y he aquí las tinieblas...» Y las tinieblas volvieron, muy presto, ¡cuán presto se derrumbaba el tinglado de los hombres...!

La lucha entre los hijos de Sara y los de Agar

EN el vecino Oriente... Cuando el Santo Padre Pío XI escribía las presentes líneas, se hallaba en su punto crítico una guerra misteriosa, último chispazo quizá de la llamada «cuestión de Oriente», que durante casi dos siglos ha constituido una

de las entrañas de la historia... la guerra greco-turca. Grecia, empujada tras cortina por Inglaterra hacia la plenitud de su reconstitución: Grecia, llegando hasta Constantinopla –la antigua imperial Bizancio–, y extendiéndose por las orillas de Asia Menor, vieja sede de las helénicas Esmirnas y Efesos; jónicos emporios del pasado. ¿Qué pretendía la astuta Albión, a la que el renovado aislacionismo norteamericano devolvía –por poco tiempo, ¡ay!– el cetro de las intrigas mundiales, con esta maniobra de gran estilo? ¿Hay que buscar, como razón única, el solo motivo de las apetencias comerciales del trío Lloyd George, Venizelos, Basil Zahhanoff, agentes de la Vickers, fábrica de armamentos?

¡Miseros motivos éstos para fenómenos de tal envergadura! ¿Se explica totalmente, incluso, por el deseo inglés de remachar la obra de Lawrence, con la disolución total del viejo poder otomano, favoreciendo los nuevos estados árabes, y asegurando así para los buques del Almirantazgo las vías del gran oleoducto? Mezquino concepto de las tragedias de la historia tendrá quien se satisfaga con razones tan simplistas. Más prudente será quien adivine en estas gigantes maquinaciones la resultante de los factores citados y de otros muchos que se pudieran recordar; y no sería visionario quien recurriese a un eterno diseño: el de la humillación de Francia, que hubo de morder el polvo en estos tiempos en sus pretensiones de gran potencia petrolífera a través del fracaso de la gestión Franklin-Buillon en los asuntos de Mossul. Al sectario objetivo de la desaparición, en el Próximo Oriente, de la única potencia necesariamente protectora de los intereses católicos, aun a veces mal de su grado. Sea como sea, un Mustafá Kemal zanjó la cuestión, siquiera provisionalmente, y en sentido contrario a no pocos de aquellos diseños... más la cuestión quedaba. Y la cuestión ha continuado hasta hace poco, hasta que con Dentz cayó el último baluarte oriental del tricolor francés, y, ahora, con la evacuación británica, queda la vieja tierra predestinada y misteriosa, pasto libre para la lucha entre los hijos de Sara y los de Agar...

«...Y allí mismo, en una región inmensa...» Cuando escribía el gran Pontífice estas certeras frases, Rusia se debatía aún en el tremendo parto... Denikin, Koltchak, Wrangel, uno tras otro, los ejércitos blancos, abandonados de Occidente, traicionados por aquella Inglaterra que parecía haber de ser la primera interesada en restaurar los viejos blancos zares, con el fin de evitar que surgiesen otros, rojos y mayormente imperialistas, se batían en retirada. Y la región inmensa era un caos «lleno de horrores y miserias». Caos que ha dado al fin su fruto, el actual gran Monstruo... y mientras, allá, en la inmensa estepa que ocupa en extensión una tercera parte del globo, agonizaban los blancos cosacos de Wrangel y de Koltchak,

pretendiendo restaurar un orden ya imposible, en el viejo mundo liberal florecía –canto del ganso, ya que no del cisne– la última manifestación del capitalismo. 1920 a 1929 marca el apogeo de los grandes *trusts*. Es la época en que la lucha de la Standard y de la Shell, arrastrando consigo la rivalidad anglo-yanquee, se extiende hacia todos los campos petrolíferos, actuales y potenciales, del Globo. Deterding y Rockefeller. Revoluciones misteriosas en Venezuela, trastornos en Irak, agitaciones en Arabia... y, en fin, mártires auténticos en Méjico, donde la codicia del oro negro convergía con los programas de la secta.

Es la época grande de los Bata, de los Kreuger. En España mismo sabemos de ello. Un Loewenstein se apodera de nuestras más vitales redes eléctricas, y cuando tras su derrota financiera se precipita desde lo alto del avión, la espuma de nuestros saltos de agua pasa al control de otro israelita, Daniel Heineman... Son los grandes tiempos de los Pierpont, Morgan, de los Ford, de las colosales concentraciones que en América reciben los nombres de la Dupont de Nemours y de la General Motors... Y ni Hitler ni Mussolini, con toda su inicial energía, pese a sus propios discursos, llegan a darse cuenta de la potencia inmensa de las serpientes del dinero, enroscadas en el Ruhr, en la cuenca del Po, en todos los centros industriales del mundo, tanto más en su propia casa...

Son grandes tiempos, hasta que en 1929 llegó el enorme «crack». La Bolsa neoyorquina quebraba... y la «debacle» financiera había de marcar el fin de toda una época... surgía desde entonces, con toda su pesadez, con toda su burocracia, con toda su esterilidad y en todas partes, un nuevo fantasma: la intervención del Estado, origen de nuevas calamidades, incluso origen de nuevas guerras.

Se firmó la paz, pero no en los corazones

CUANDO este inmortal sucesor de Pedro subió al Solio, amargamente manifestaba: «Firmóse, sí, la paz solemnemente...», pero añadía: «mas no quedó grabada en los corazones... » Largos años de labor, *clama, ne cesses*, en pro de la paz, cada día más lejana, eran eco de los silbidos del Buen Pastor, afanoso detrás de sus rebeldes ovejas... Mas la voz del Papa ha quedado, vencedora, ante el mundo todo y ante la historia una vez más, de que éste, si se pierde, es siempre por culpa de sus propios pecados y de su misma contumacia.

Como los fantasmas de antes citados Shakespeare, su propia responsabilidad se alza acusadora sobre sus inmensas ruinas, predichas por la voz intrépida del papa Aquiles Ratti desde el siguiente día que siguió al acceso a la alta Cátedra en la memorable y profética encíclica *Ubi arcano*.

La primera guerra mundial y la crisis de la modernidad

REYES JAURRIETA

La «Belle Époque» y la «paz armada»

Los cuarenta años anteriores a la primera guerra mundial fueron los años de la supremacía mundial europea. La expansión de la civilización occidental por el mundo entero era la rúbrica de aquel talante optimista y dominador que parecía garantizar todos los porvenires.

El positivismo, como actitud y como mentalidad, había significado una tremenda y enfática afirmación de la civilización occidental. Stefan Zweig llama a la época positivista «era de la seguridad», y, efectivamente, pocas veces en la historia se sintió el hombre blanco más seguro de sí mismo, de sus postulados y de sus posibilidades; había accedido a un dominio de la naturaleza y sus recursos como ninguna generación antes no hubiera podido ni soñar.

El correcto uso de la razón, del sentido común, de una actitud pragmática que a todo buscaba su máximo provecho, confirieron a la humanidad civilizada de Europa y América una confianza absoluta y radical en el progreso. El progreso era irreversible y necesario, y su marcha no podía detenerse nunca.

De este modo llegó a pensarse que la guerra era un mal felizmente superado o que se superaría muy pronto como —en Europa— se había superado la peste o el hambre. Fue la llamada «Belle Époque». Nunca como entonces se establecieron instituciones destinadas a una más amplia y prometedor convivencia entre las naciones. En 1864 se fundó la Cruz Roja, que, conducida por un ideal humanitario, saltó fronteras. En 1875 treinta países constituyeron la Unión Telegráfica Universal, para facilitar las comunicaciones a distancia mediante idénticos módulos. Por doquier se celebraban exposiciones universales. También se pusieron de moda los congresos internacionales de mé-

dicos, químicos, ingenieros, botánicos... para unificar criterios. En 1896 nacieron los Juegos Olímpicos de la Edad Moderna. Y en ese mismo año el doctor Zamenhoff presentó el esperanto, ese idioma nuevo, que toma un poco de unos y de otros, en el cual el mundo entero podía entenderse. Pero lo más frecuente de aquellos años fueron los congresos de paz. En 1905 en Bruselas, en 1906 en Londres, en 1907 en La Haya asistieron representantes de cinco países y acordaron reunirse de nuevo en el mismo lugar pasados ocho años, en 1915. Pero no pudieron hacerlo porque todos se habían enzarzado en la guerra más

terrible que Europa había conocido.

Y es que el aparentemente dichoso período de paz que va desde 1870 hasta 1914 constituyó en realidad una desenfadada carrera de armamentos que abocó a la lucha más grande que habían visto los siglos. Las grandes potencias, provistas de los poderosos medios que permitían los avances de la tecnología, se armaban hasta los dientes. Los Vickers, la Krupp, la



Vista general de la Exposición Universal de París (1889)

Skoda fabricaban cañones de grueso calibre que eran el orgullo de cada uno.

La paz armada no tenía nada de paz porque tenía mucho de armada. La falta de caridad, de «verdadera caridad cristiana» en palabras de Benedicto XV llevaron a las naciones a una conflagración mundial. Las ideologías fruto de la Ilustración y la revolución eran las que habían nutrido a las grandes potencias a lo largo de todo el siglo XIX. En ellas se había implantado el veneno del nacionalismo, por un lado, y del racionalismo, por otro, sembrando funestas consecuencias para todos los países: el interés utilitario, el dominio de la fuerza y el desprecio del más débil, la desconfianza entre las naciones, los egoísmos, los recelos, el deseo insaciable de riqueza y de poder... Sólo la voz del Papa se alzaba en aquel clima de autosuficiencia.

En 1894, examinaba León XIII la situación del Viejo Continente y decía: «Desde hace muchos años atrás vivimos en una paz más aparente que real. Obsesionados por mutuas suspicacias, casi todos los pueblos se afanan en preparativos de guerra...»

En el ámbito del pensamiento podemos encontrar notorias voces, algunas de ellas ya presentes en el último tercio del siglo XIX, que preconizan la falsedad de los parámetros en los que se sustentaba esta sociedad; hablan de una ruptura en el pensamiento europeo. Estas voces provenían de diferentes ámbitos —la filosofía, la psicología, la antropología, el arte...— y ponían de relieve lo relativo en todo conocimiento, la finitud del hombre y el sinsentido de su vida, los horrores de un mundo mecanizado y la corrupción de la sociedad burguesa y materialista.

Sin embargo, a pesar de tales manifestaciones y voces de alarma presentes en el tránsito del siglo XIX al XX, fue el hecho histórico de la contienda vino a ser la confirmación de lo que se había puesto en duda: los valores de la modernidad.

La primera guerra mundial, confirmación a todas las inquietudes

AL principio la guerra fue tomada por la gran mayoría de los líderes espirituales de Europa con exaltación. A juicio de H.G. Wells¹ la guerra era una forma de progreso y así acuñó la expresión; «*The War That Will End War*» (*La Guerra que podrá fin a las guerras*).

Las trincheras se presentaron a muchos como una oportunidad de regeneración espiritual o «catarsis». Era la ocasión de purificarse de una civilización burguesa, monótona y materialista. Nietzsche adquirió gran protagonismo en este contexto ideológico que tenía inmersos a los jóvenes en un clima de heroicidad y riesgo. En este sentido, apunta R. Stromberg; «Cuando estalló la guerra el mensaje revolucionario de Nietzsche, Bergson, Jung, Sorel, Baudelaire, Wagner y todos los demás acababa de ejercer su máxima influencia en la mentalidad de Europa»²

Pero a partir de 1917, la guerra señaló la culminación de la marea de pesimismo que fue el rasgo más destacado de la filosofía alemana durante la

preguerra. Así el pesimismo germánico, no era exclusivo de la intelectualidad, sino que se manifestó en todos los planos de la sociedad alemana. En tal ambiente resultó lógica la exclamación aprobadora que provocó la aparición de *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler³ que participó y, al mismo tiempo, contribuyó a satisfacer este sentir generalizado de los pueblos derrotados.

El impacto que la obra de Spengler *La decadencia de Occidente* provocó en la sociedad alemana y europea en general responde en gran parte a la situación anímica que se vivió en Europa tras la primera guerra mundial, en la que los calificativos que recibe Europa, la civilización y la idea de progreso manifiestan desengaño y frustración.

El habitualmente optimista y miembro de la sociedad fabiana H.G. Wells que había proclamado esta guerra como defini-

tiva y regeneradora afirmaría poco después: «Esta civilización en que vivimos se está derrumbando y en mi opinión se está derrumbando velozmente».⁴

Asqueada no sólo por la matanza de millones de jóvenes europeos sino por la carnicería moral de un mundo convulsionado por los odios y las mentiras, la generación de posguerra se convirtió en la «generación perdida». André Malraux⁵ también expresaba este espíritu de decadencia en *La tentation de l'Occident*: «Los europeos están cansados de sí mismos, de su individualidad que se desmorona, de exaltarse a sí mismos. Lo que les sostiene no es tanto su pensamiento cuanto una fina estructura de negación». ⁶ El historiador de las ideas Baumer comenta la ímproba tarea que sería reproducir los comentarios de este tipo que hicieron los más sobresalientes del panorama intelectual europeo, como Berdyaev ⁷(1933): «Estamos tomando parte hoy de los principios de la barbarización de Europa», o Yeats ⁸(1936) «Europa está en cuarto menguante».

El desarrollo de la Gran Guerra, llevó a algunos a volverse hacia las antiguas civilizaciones del Este con la esperanza de encontrar una nueva visión de la vida que podría permitirles una reconstrucción espiritual. En efecto, la guerra desprestigió a Europa

La paz armada no tenía nada de paz porque tenía mucho de armada. La falta de caridad, de «verdadera caridad cristiana» en palabras de Benedicto XV llevó a las naciones a una conflagración mundial.

1. H.G. WELLS (1866-1946).

2. R. STROMBERG, *Historia intelectual europea desde 1789* (Madrid, Debate, 1988)

3. OSWALD SPENGLER (1880-1936).

4. R. STROMBERG, *Historia intelectual europea desde 1789* (Madrid, Debate, 1988), p. 345.

5. ANDRÉ MALRAUX (1901-1974).

6. RONALD N. STROMBERG, *Op.cit.*, 345.

7. N.A. BERDIAEV (1874-1948).

8. W. B. YEATS (1865-1939).

ante el resto del mundo, ya que le hizo entender el debilitamiento moral en el que se encontraba. Así lo expresaron en aquel momento:

«¿Que significa la guerra europea para nosotros los orientales? Representa la ruina más lamentable de la civilización llamada occidental. La creencia que nosotros teníamos de que reposaba sobre fundamentos más elevados y sólidos que la nuestra, ha sido inmediatamente derrumbada y muerta; nosotros lamentamos su buena fortuna, su prosperidad, y habernos dejado engañar por su gloria aparente».⁹

El hastío que produjo la situación de Occidente provocó que escritores y artistas buscaran refugio intelectual en espiritualidades orientales; ello trajo consigo que se trasladaran físicamente a estos lugares huyendo de una civilización que encontraban podrida. Es el caso de Ezra Pound, Thomas Mann o el pintor Gauguin que huyó a los Mares del Sur, vivió como un nativo y se reveló en la pura violencia de los colores tropicales.

En suma, los años de entreguerras se caracterizaron por un malestar general, un sentimiento de desilusión y frustración verdaderamente significativos pues parecía que los ideales de la ilustración habían llegado a agotarse, y que el Viejo Mundo había desaparecido definitivamente.

El fin de la modernidad

EN 1920 una de las primeras voces de alarma fue la del gran erudito clásico J.B. Bury que publicó un volumen titulado *The Idea of Progress*, proclamando el destronamiento de la idea.

«Una idea nueva usurpará su lugar como concepto matriz de la humanidad... ¿Acaso el progreso mismo no sugiere que su valor como doctrina es a lo sumo relativa, y que corresponde a cierta etapa no muy avanzada de la civilización?».¹⁰

Las optimistas predicciones sobre el futuro de la historia de la humanidad que presentaba Kant en su ensayo de 1789 *Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor*¹¹ parecían ca-

rentes de significado tras los acontecimientos vividos y contrastaban frontalmente con lo anotado en una hoja con membrete de la Oficina de Guerra por Wiston Churchill siendo secretario de estado para la guerra (1919-1921):

«Se acumularon todos los horrores de todos los tiempos, y no sólo los ejércitos, sino poblaciones enteras fueron arrojadas al abismo. Los estados participantes de elevada cultura creyeron –no sin razón– que estaba en juego su existencia misma. Ni los pueblos ni los gobernantes pusieron límites a los hechos que, según creían, podrían ayudarles a vencer. (...)Todas las ofensas contra la humanidad o el derecho internacional fueron contestadas con represalias, a menudo en mayor escala y durante más tiempo. Ni treguas ni parlamentos atenuaron las luchas de los ejércitos. Los heridos morían entre las líneas: los muertos se descomponían en el suelo. (...) Europa y grandes extensiones de Asia y África se convirtieron en un dilatado campo de batalla...»¹²

Tantas manifestaciones de desengaño son una prueba contundente de que el hombre moderno emancipado de Dios a la larga se queda instisfecho y profundamente desesperanzado. El papa León XIII ya lo advertía en 1894; «salir de esta crisis y entrar en una paz verdadera sólo es posible por la intervención verdadera bienhechora de Nuestro Señor Jesucristo».¹³ Pocas semanas después, estallaban en Turquía las horrosas matanzas de armenios, frente a las cuales, las grandes potencias se limitaron a poner en movimiento su diplomacia para mantener el *status quo* en Oriente, necesario para su propia tranquilidad.

Es la historia reciente la que habla al hombre actual, los hechos se lo muestran y le invita a reflexionar sobre las consecuencias que le lleva a una sociedad que pone sus esperanzas en mesianismos secularizados. Y es que el orden del mundo, de la vida nacional e internacional debe más bien alzarse en palabras de Benedicto XV «sobre la roca incommovible del derecho natural y de la revelación divina».

brá menos discordias en los procesos, más seguridad en la palabra dada, etc.» E. Kant, «Si el género humano se halla en progreso constante hacia mejor», *Filosofía de la historia*, FCE, 1992, 114.

12. P. JOHNSON, *Op. Cit.*

13. LEÓN XIII. Alocución *praeclara gratulationi*, de 20 de junio de 1894.

9. YONE NOGUEHI, «The Dawnfall of western Civilization», *The Nation*, oct. 1924.

10. P. JOHNSON, *Tiempos modernos*, 25

11. «Poco a poco las violencias de los poderosos serán menos frecuentes, la obediencia a las leyes más. Surgirán en la comunidad más acciones benéficas, ha-

En torno al fin del Imperio astro-húngaro

JAVIER RODRÍGUEZ PRADA

Problemas internos del Imperio

TRAS la exclusión de Austria de la Confederación Germánica en 1866, el emperador Francisco José I transformó el imperio en un nuevo estado, el Austro-Húngaro, que comprendía la Austria de lengua alemana –con Bohemia, Galitzia, Trentino e Istria– y el reino de Hungría –como una entidad autónoma dentro del Imperio–, con Transilvania, Croacia, Eslovenia y Dalmacia como territorios asociados a ella. El nuevo imperio, que comprendía la existencia de dos parlamentos, dos constituciones y otras cámaras como la Asamblea del País Húngaro, los Magnates y la de los Diputados, aglutinaba a cerca de cincuenta y un millones de personas en los albores del siglo xx, con un variado y complejo abanico de religiones y culturas. Y los problemas internos no tardaron en surgir.

En Austria, la población de lengua alemana, minoritaria, estaba compuesta por once millones de personas mientras que los italianos, rumanos y eslavos ascendían a veintiún millones de habitantes. Sin embargo, en el parlamento predominaba la representación de la parte alemana, hecho que provocaba continuos altercados. De hecho, el emperador se vio obligado a disolver el parlamento en diversas ocasiones y gobernar por decreto-ley.

En Hungría, el emperador tuvo que enfrentarse a un doble problema. Por un lado, la nobleza magiar (húngara) se negaba a la ampliación de los derechos de las nacionalidades menos representadas, como los pueblos eslavos del sur, pueblos apoyados en sus pretensiones por los rusos que aprovecharon el regicidio del último rey serbio de la dinastía Obrenovitch, afín a Austria-Hungría, para promover el movimiento paneslavo a través de los Karageorgevitch. Esta política, a la larga, llevaría a la guerra con Ser-

bia (tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, nieto de Francisco José I) e, inmediatamente, a la Gran Guerra por el juego de alianzas. Por otro lado, el intento de reforma agraria, promovido por el emperador con vistas a la creación de una confederación (confederación del Danubio) que respetara todas las naciones por igual, chocó con el rechazo de la nobleza al ver limitadas sus propiedades y su poder y la imposibilidad de modificar dicho sistema al haber prometido respetarlo al jurar la Constitución Húngara.

Y durante los años previos a la guerra, los problemas no hicieron sino aumentar, volviéndose cada vez más urgente la necesidad de favorecer las condiciones para un desarrollo nacional y cultural de los distintos pueblos que configuraban el imperio. En 1917, Carlos I, biznieto de Francisco José I y sobrino de Francisco Fernando, declaraba: «No temo en absoluto ver a los pueblos disponer libremente de ellos mismos, con la condición de que esa emancipación no se efectúe en abstracto y con desprecio a las realidades austriacas».

Sin embargo, este deseo no se vio reflejado en la política del imperio hasta que ya fue demasiado tarde y el manifiesto imperial del 17 de octubre de 1918 no pudo ser interpretado sino como el reconociendo de la disolución del imperio en multitud de estados. El Imperio había llegado a su fin.



Thomas Woodrow Wilson (1856-1924)

Los «Catorce Puntos» del presidente Wilson

UNA vez finalizada la guerra, el 8 de enero de 1918, Wilson leyó sus famosos «Catorce Puntos» para la restauración de la paz en Europa. Su intención no era destruir la monarquía austriaca («Los pueblos de Austria-Hungría a los que deseamos ver salvaguardar y afirmar su puesto entre las naciones, recibirán la completa oportuni-

dad de un desarrollo autonómico») pero algunos de sus puntos, en especial el décimo comprometieron severamente la monarquía austríaca. En él se proponía algo que aparentemente parecía inofensivo: «A las nacionalidades de Austria-Hungría cuyo lugar deseamos ver protegido y afirmado entre las naciones, debe concederse la mejor posibilidad de una evolución autónoma».

Desde 1916, Masaryk (eslovaco) y Bénès (checo) recorrieron los Estados Unidos defendiendo el desmembramiento de Austria-Hungría. Ambos tenían lazos e influencias en América (incluso en la Casa Blanca) y llegaron a participar en el Congreso Católico del 20 de junio de 1918, donde halagaron a los católicos americanos como modelo de catolicismo, criticando la dinastía de los Habsburgo¹. También defendieron enérgicamente la idea de una Checoslovaquia libre como contrapeso del imperio alemán y el austriaco, encontrando eco en diversos intelectuales americanos y franceses².

1. Escrito de T. Masaryk: «Austria, estado artificial esta mantenido por su ejército y por una dinastía antidemocrática y antinacional, clerical y jesuítica, tan próxima como Prusia a la idea de un imperio medieval, estos estados oponen a la voluntad del pueblo la ficción de una voluntad divina de la que pretenden ser heraldos».

2. Entre otros, H. Berenger, senador francés y embajador en Washington que perteneció a las logias «La Jérusalem écossoise» y a «La Philosophie positive» de

Wilson, influido por las conclusiones del congreso masónico de 1917 y las ideas de Masaryk y Bénès, se apresuró a anunciar «los Catorce Puntos», adelantándose al manifiesto que estaba preparando el emperador Carlos sobre la propuesta austríaca de solución al problema de las nacionalidades y del que tenía noticia por diversas misivas del emperador. Entonces, ¿por qué no contestó Wilson a dichas misivas buscando una solución compartida?, ¿porqué no espero a que el emperador sacara su manifiesto? Cabe pensar que el éxito de los proyectos de paz austriacos hubieran salvado la monarquía y, por tanto, era necesario ganar tiempo para que los esfuerzos de Masaryk y Bénès, incitando a los pueblos eslavos, checo y eslovaco, tuvieran su efecto y así presentar los catorce puntos como una política de hechos consumados. Además, la alianza americana con los pueblos eslavos y su protagonismo en la conferencia de paz le situaba en un lugar privilegiado a nivel mundial en el escenario político europeo.

París. O Célestin Bouglé, director de la Escuela Normal Superior, que defendía la creación de una artificial Checoslovaquia «necesaria para el mantenimiento de la idea laica en Europa Central».

La causa de tantos males: el olvido de Dios

Alejáronse en mala hora los hombres de Dios y de Jesucristo, y por eso precisamente de aquel estado feliz han venido a caer en este torbellino de males, y por la misma razón se ven frustradas y sin efecto la mayor parte de las veces las tentativas para reparar los daños y para conservar lo que se ha salvado de tanta ruina. Y así, arrojado Dios y Jesucristo de las leyes y del gobierno, haciendo derivar la autoridad, no de Dios, sino de los hombres, ha sucedido que, además de quitar a las leyes las verdaderas y sólidas sanciones y los primeros principios de la justicia, que aun los mismos filósofos paganos, como Cicerón, comprendieron no tener su apoyo sino en la ley eterna de Dios, han sido arrancados los fundamentos mismos de la autoridad, una vez desaparecida la razón principal de que unos tengan el derecho de mandar y otros la obligación de obedecer.

Pío XI: *Ubi arcano*, 23 de diciembre de 1922

Carlos I de Austria y IV de Hungría, el último emperador

ZINAIDA VASILACHE



EL 11 de julio de 1949 Radio Vaticano anunciaba el inicio del proceso de beatificación de Carlos I con estas palabras: «Para honor de Dios y gloria de la Iglesia, en la persona del Siervo de Dios tenemos en nuestro tiempo un intercesor, cuya imagen de padre, esposo y soberano católico que es consciente de su tiempo y de sus responsabilidades resulta tan necesaria en esta época de corrupción y destrucción moral, y de decadencia del matrimonio y la familia». Este reconocimiento a los ojos de la Iglesia vino a limpiar por fin la imagen distorsionada que se tuvo durante largo tiempo de la figura del último emperador del Imperio Austro-húngaro, quien expulsado de su país y confiscadas sus propiedades, murió de una neumonía durante su exilio en Madeira en 1922, tras haber dedicado todos sus esfuerzos en restaurar la paz perdida con el desencadenamiento de la I Guerra Mundial.

En la noche de comienzos de 1914, Francisco-Fernando le confió un mal presagio a su sobrino Carlos —«estoy convencido de que voy a ser asesinado. La policía está al corriente»— y le encomendó el cuidado

de su familia. El emperador conocía que los masones le habían condenado a muerte, tal como publicó la *Revue Internationale des Sociétés Secrètes* del 15 de septiembre de 1912 y que ya había anunciado la guerra cuyos objetivos era la destrucción de Austria-Hungría como potencia católica y la creación de unos nuevos estados laicos en Europa Central.

En los años que siguen a la muerte de los archiducos en 1914, Carlos estuvo al mando del 12º cuerpo del ejército como coronel-general, esforzándose por atenuar la crueldad de la guerra. Cuando le informaron de que los rusos habían atacado con gas y que el general alemán von Seeckt, había ordenado responder del mismo modo, Carlos ordenó inmediatamente prohibirlo.

A la muerte de Francisco José en 1916, Carlos le sucede al trono y es coronado como rey apostólico de Hungría el 30 de diciembre del mismo año, presutando juramento a la Constitución húngara.

**«Bienaventurados los que trabajan por la paz,
porque ellos serán llamados hijos de Dios»**

A Carlos I se le puede atribuir claramente esta bienaventuranza porque hizo todo lo posible por detener los horrores de la guerra. Si bien hubo algunas personalidades que también desearon la paz, nadie como Carlos mostró tanta tenacidad en esta empresa. Aun así, parece que la Divina Providencia había dispuesto que imitara a Cristo en el padecimiento de las traiciones de muchos de los suyos y en su condición de rey humillado y desterrado.

El 4 de enero de 1917 Carlos intenta convencer al Kaiser Guillermo II de que no desencadenara una guerra submarina. Cinco días más tarde —influido por la mentalidad de los generales alemanes, que aspiraban a una paz por la victoria y tildaban los esfuerzos por la paz como una confesión de debilidad— el Káiser daba su consentimiento al ataque submarino. Esta fue la primera de las muchas desavenencias entre Austria y su aliada.

A continuación Carlos puso sus esperanzas en la mediación de los hermanos de la emperatriz Zita, los príncipes Sixto y Javier de Borbón-Parma, para llegar a un acuerdo de paz con Francia. Estos le comunicaron que las condiciones indispensables para ello pasaban por la restitución de Alsacia-Lorena a Francia, por el

restablecimiento de Bélgica conservando el Congo, de Serbia ampliada con Albania y la devolución de Constantinopla a Rusia. La línea principal de las conversaciones insistían sobre todo en no poner obstáculos si Alemania consintiera en renunciar a Alsacia-Lorena.

En la reunión que mantuvo Carlos el 23 de marzo de 1917 con el príncipe Sixto, el emperador insistió en su deber de aliado de Alemania, pero también explicó que en caso de fracaso «no le quedaría más remedio que firmar una paz separada, porque se negaba a sacrificar la monarquía a la locura de sus vecinos». Fruto de este encuentro, se redacta y se envía al presidente de la República francesa, M. Poincaré, un documento secreto conocido como «primera carta» del emperador, en la que se compromete a apoyar por todos los medios las «justas reivindicaciones relativas a Alsacia-Lorena» y a los demás puntos. El 31 de marzo M. Poincaré recibía a D. Sixto y al nuevo presidente del Consejo, Alexandre Ribot, quien tras recibir la carta de Carlos, se muestra entusiasmado y quiere comunicar las gestiones austriacas al primer ministro británico Lloyd George, quién al enterarse exclama: «¡Es la paz!».

Solamente quedaba la cuestión de Italia, que debía renunciar a Trieste a cambio de Esmirna y la respuesta oficial de Alemania. El 2 de abril tenía lugar el encuentro entre los emperadores Carlos y Guillermo II de Alemania en el castillo de Homberg, cerca de Frankfurt, en el que Carlos recibe una negativa a firmar la paz a cambio de la cesión de Alsacia-Lorena. Con esta reunión se contribuyó a alimentar el rumor de que los Aliados habían decidido desencadenar una nueva ofensiva política y militar. El 6 de abril América declaraba la guerra a Alemania. A pesar de la reciente decepción, el 12 de abril, Carlos le encargó al conde Czernin, su ministro de Asuntos Exteriores que dirigiera un informe al emperador Guillermo II manifestándole nuevamente la gravedad de la situación de la monarquía y el peligro revolucionario que ya había hecho caer a Rusia y amenazaba con minar a los imperios centrales. El emperador alemán parecía cegado; en sus cartas exageraba las derrotas del adversario, decía que los revolucionarios rusos «trabajaban a su favor».

Mientras, Ribot y Lloyd George consideraron que debían poner al tanto al Ministro de Asuntos Exteriores italiano Giorgio de Sonnino, quién reclamó no sólo el Trentino sino también Dalmacia y Trieste. Ribot y Lloyd George tuvieron que remitir este mensaje a Francia, que en nombre de la Entente, envió el 22 de abril la negativa al ofrecimiento de paz del emperador Carlos, aduciendo la razón de que «las propuestas austriacas no mencionan las reivindicaciones de Italia, que no está dispuesta a renunciar a ninguna de las condiciones que expuso al entrar en la guerra al lado de los Aliados».

El emperador austríaco mandó una segunda carta el 9 de mayo de 1917 en la que informa de unas negociaciones con general italiano Cadorna, una semana antes de las mantenidas con Sonnino, en las que Italia limita sus peticiones a la parte del Tirol de lengua italiana. Pero esta mano tendida no recibió respuesta. El 20 de mayo, el príncipe Sixto se reúne con Ribot para confirmarle dichas negociaciones con Italia, a las que el Presidente del Consejo francés no da crédito de que se hayan hecho sin la aprobación de Sonnino, al que en el fondo apoyaba. El 23 de mayo se reunía con Lloyd George y Jorge V, a los que leyó las cartas de Carlos, y el ministro inglés propuso concertar una cita de los tres jefes de estado implicados (Francia, Inglaterra e Italia). Desgraciadamente Sonnino impidió que el rey de Italia aceptara la invitación. Y por si no fuera poco, el ministro francés Clemenceau había minado el intento de paz. Había vivido en América y conocía el interés que representaba para esa nación una llegada a Europa después de un largo período de «aislamiento histórico». Según él, lograda la paz, Austria se habría salvado y América no habría tenido que intervenir en Europa. Los acontecimientos comenzaron a precipitarse durante el trágico año de 1918. El 4 de noviembre Austria-Hungría se ve obligada a firmar el armisticio con Italia que pedía unas condiciones muy duras. El 11 de noviembre la Asamblea Nacional de Austria destituye a Carlos y le solicitan su abdicación formal. La tarde del 12 de noviembre proclaman la República austríaca. Y bajo el mando del primer ministro Mihaly Károlyi se proclama la

«Desde el principio, el emperador Carlos concibió su cargo de soberano como un servicio santo a su pueblo. Su principal aspiración fue seguir la vocación del cristiano a la santidad también en su actividad política».

JUAN PABLO II: homilía de la misa de beatificación de Carlos de Austria
octubre de 2004

República en Hungría el 16 de noviembre de 1918. El 2 de abril de 1919 la Asamblea Nacional votó el destierro de los miembros de la familia imperial, confiscando los bienes de la corona y la fortuna personal de los Habsburgo.

Primer intento de restauración desde el exilio

EN la primavera de 1921, el ex-emperador intenta volver a Hungría para reivindicar sus derechos como rey, dejando claro que su intención no es recuperar Austria a través de Hungría. Además obedece así al papa Benedicto XV, quien temía por la Iglesia y el pueblo húngaro. Los amigos íntimos de Carlos le advierten que las esperanzas que había puesto en el almirante Horthy, actual regente de Hungría, pueden verse decepcionadas pero Carlos confía en su lealtad. La población húngara campesina era bastante monárquica pero los nobles y la gentry temían que el regreso del rey supusiera una reforma agraria que les quitara sus propiedades. Horthy había llegado a un pacto con la nobleza; tras haber despojado a la aristocracia de sus poderes políticos en favor de la gentry, les garantizó que no tocaría sus propiedades y estos, a su vez, le dejarían gobernar. A pesar de que Horthy había prometido devolverle la corona a su vuelta, la entrevista fue un fracaso. Carlos le revela a su amigo benedictino el padre Maurus que ciertas personalidades importantes de París y Budapest le habían asegurado que la restauración era posible si «consentía en introducir en sus Estados la escuela laica, el matrimonio civil y el divorcio, a lo que se había negado categóricamente». Aun así, el rey sigue fiel a sus principios de soberano católico. Incluso, como afirmó después el hermano de Zita, le llegaron a Carlos propuestas para entrar en la masonería, asegurando con ello la salvación del imperio y de su familia si aceptaba.

El segundo intento de restauración

LA grandeza de Carlos IV se manifiesta en los momentos difíciles. Las humillaciones no dejan huella en él. Solamente le importaba la incertidumbre de su nación», dice Joseph Károlyi. Carlos da otra muestra de una gran fortaleza de espíritu cuando, no por ambición sino por amor a su pueblo, realiza un segundo intento de ceñir la corona húngara. En octubre de 1921 llega de incógnito en avión a Sopron acompañado esta vez por su esposa Zita —que estaba encinta— donde le esperaban los oficiales fieles a la Monarquía para subir a un tren militar junto con las tropas del oficial Osztenburg y marchar para Budapest.

El 22 de octubre de 1921 estaban a 150 kilómetros de Budapest. Tenían a la guarnición de la ciudad de su lado pero el comandante de la plaza telegrafía a Budapest avisando de la inminente llegada de Carlos. La marcha triunfal prosigue y logran sin un solo disparo la rendición espontánea de las guarniciones que se encuentra a su paso. Cuentan en ese momento con más de cuatro mil hombres. Pero a tan sólo seis kilómetros de Budapest el tren se detiene porque el convoy que le precede recibe disparos.

El general Hegedüs, al que Carlos le había encomendado el mando de las tropas le traiciona, quizás porque tenía dos hijos en las tropas gubernamentales. Se ofrece a solicitar a Horthy que retire sus soldados para dejar pasar al rey pero una vez en Budapest negocia un armisticio que le haría a Horthy ganar tiempo para reorganizar la resistencia y además planifica un trazado que desfavorece a las tropas realistas y estas se ven rodeadas en la mañana del 24 de octubre. Más tarde, desde el exilio el rey respondió a unas críticas sobre Horthy así: «quien sabe, si no es instrumento de la Providencia». El general Léhar y Osztenburg se ofrecen a luchar hasta el fin pero Carlos se lo prohíbe. Quiere recuperar el trono sin derramamiento de sangre. Lo que sigue es una sucesión de indecorosas detenciones. Primero Carlos se ve obligado a dejar atrás a los amigos oficiales; a Carlos y Zita los encierran vigilados por oficiales de la Entente mientras el gobierno de Budapest les manda numerosas misivas pretendiendo obtener su abdicación, a los que Carlos contesta: «Mientras Dios me de fuerza para cumplir con mis deberes, no renunciaré al trono de Hungría, al que estoy ligado por la fuerza de mi juramento de rey coronado». Finalmente, a petición de Hungría son escoltados por los ingleses hacia Madeira. Los Habsburgo han sido expulsados de Europa.

«No fue largo, pero sí feliz», dijo Carlos a Zita en una ocasión hablando de su reinado. Fue un rey que perseguido por las calumnias y en medio del exilio no perdió la paz. Cercana su muerte, el emperador atribuye a Dios lo acaecido: «Es maravilloso tener una confianza ilimitada en el Sagrado Corazón; si no, mi situación sería insoportable». Su vida es prueba de que la santidad no reside en el éxito de nuestras empresas sino en el ofrecimiento de todas las obras y uno mismo a la voluntad de Dios, quien es dueño de la historia y sabe hacerlas resplandecer a su tiempo.

El último emperador de Europa murió perdonando a sus enemigos y sus últimas frases fueron: «ofrezco mi vida en sacrificio por mi pueblo. (...) Salvador mío que se haga vuestra voluntad». Y, por último, apoyado en el hombro de su esposa, exclama: «Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío».

La emperatriz Zita

Z. V.



Carlos y Zita el día de su boda (1911)

SU Majestad Zita de Borbón-Parma (1892-1989) fue la última emperatriz de Austria y reina apostólica de Hungría, junto a su esposo, el emperador Carlos I de Austria y IV de Hungría, reinando durante el breve período entre 1916-1918. Las palabras del ritual de la coronación fueron: «Recibe la corona de la soberanía, porque tú sabes que eres la esposa del rey y que tú debes siempre tener cuidado del pueblo de Dios. Cuanto más alto tú estás colocada, más tú debes ser humilde y permanecer en Jesucristo». Su vida se ajustó a esta promesa hecha ante Dios cuando la I Guerra Mundial obligó a la regente y su familia a renunciar a sus derechos dinásticos y a vivir en pobreza y privaciones. En 1922 durante su exilio en la isla portuguesa de Madeira, queda viuda con tan sólo 30 años, esperando a su octava hija. Permaneció fiel a la memoria de su marido hasta su muerte, cuidando de sus hijos y dejando una numerosa descendencia compuesta por 33 nietos y 110 biznietos.

Es admirable la fortaleza con la que soportó el exilio, la viudez y el encargo de cuidar de sus ocho hijos y sólo encuentra explicación en la intensa vida

eucaística, fundamentada en la devoción al Sagrado Corazón junto al Inmaculado Corazón de María, del cual fue una eficaz difusora.

Iniciado su proceso de beatificación el 10 de diciembre de 2009 en la diócesis de Le Mans (Francia), las virtudes y rasgos espirituales de la Sierva de Dios han sido desvelados respetuosamente por el postulador de la causa, el teólogo abad Cyrille Debris, quien tuvo acceso a las cartas que mandaba a una religiosa mística francesa, la hermana María Hilaria Tonnelier, de la congregación de Nuestra Señora de Sión, y que nos permite conocer más de cerca la personalidad de Zita y su itinerario espiritual. La emperatriz depositó su confianza en la hermana María Hilaria como agradecimiento por salvar la vida a su esposo en 1917 a través de su confesor el padre Lebeau.

El amor conyugal como comunión de corazón

ZITA, nacida el 9 de mayo de 1892, era hija del duque Roberto de Parma y la duquesa María Antonia de Braganza, segunda esposa del duque. Era una «hermosa niña de ojos oscuros, cabello rizado y mentón voluntarioso, posee una viva inteligencia y lo que es mejor, un corazón de oro», escribe el historiador Delabays. El 13 de junio de 1911 se celebraba su ceremonia de compromiso con el archiduque Carlos, biznieto del emperador Francisco José I de Habsburgo, en la capilla del castillo de Pianore, a las tres de la tarde. Al finalizar, Carlos murmuró al oído de su futura esposa: «¡Ahora vamos a ayudarnos mutuamente a ganar el Cielo!» El 21 de octubre de 1911 se casaban en Swarzau, al pie de los Alpes, los jóvenes príncipes con la bendición del Papa Pío X, quien les saludó como a los futuros soberanos de la monarquía, lo que tres años más tarde se cumplió tras el trágico asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo. Es significativo que en 2004 el papa Juan Pablo II eligiera la fecha de la boda para conmemorar al beato Carlos I de Austria y no la fecha de la muerte del emperador. Y es que a pesar de que siguen dos procesos distintos de canonización, ante Dios están unidos por el sacramento del matrimonio. Un extracto de la carta enviada en 1924 desde el exilio en Lequeitio (España) por la emperatriz a la hermana María Hilaria deja entrever la comunión espiritual que les unía, entonces desde la perspectiva del duelo: «Me dirá usted: ¡es Dios quien debe ocupar ese lugar! Sí, hermana, lo

sé, todo el mundo me lo dice y yo me lo digo a mi misma. Pero esto no pasa tan rápido, por bueno que sea el consejo. Por otra parte, el mismo Señor, que era Dios, ¿no buscó en el huerto de los Olivos en tres ocasiones el consuelo de sus discípulos? Y sus discípulos no le entendían ¡e incluso ignoraban en parte quién era Él! En mi caso se trata de un corazón meramente humano, y lo que Dios se ha llevado es ese otro corazón que Él me había entregado y con el que compartía todos los sentimientos, todos los pensamientos, todas las alegrías, todas las penas. Por eso comprenderá usted que esto no pase pronto ni fácilmente».

Abandono en la divina Providencia

OTRO de los rasgos que retratan a Zita es la constante búsqueda de la voluntad de Dios hasta en las cosas más cotidianas y materiales, búsqueda estrechamente ligada a la confianza en la Divina Providencia. Una de las numerosas muestras de ello son las siguientes palabras referidas en una carta fechada el 12 de enero de 1923 que Zita escribió también desde Lequeitio haciendo mención de la gran dificultad para encontrar alojamiento: «Dios hace tan bien las cosas y así nos lo ha demostrado tantas veces que, ahora más que nunca, nos abandonamos totalmente en la Divina Providencia. Nos apetece mucho, hacemos lo que podemos, pero sin ningún nerviosismo. ¿No sale? Muy bien: entonces es que Dios ha previsto otra solución». Ella entiende las contrariedades como signo de que Dios tiene otros planes mejores y se apiada de los que se «amargan la vida preocupándose». Expulsada del palacio Uribarren, que la emperatriz tenía alquilado, su familia debe aceptar un refugio provisional en San Sebastián y desde allí manda otra carta a la religiosa el 20 de marzo de 1923 en el que alaba los cuidados de la Providencia: «¡Si supiera, hermana, cómo se ha ocupado Dios de encontrar un sitio donde alojarnos definitivamente! Unos cuantos corazones nobles y generosos del norte de España se han apiadado de nuestro vagabundeo y se han unido con la intención de comprar Lequeitio, instalar calefacción y ¡¡¡regalármelo!!! (...) Le aseguro, hermana, que mi admiración solo es comparable a mi agradecimiento».

La devoción a los Sagrados Corazones

PARA Carlos y Zita el Sagrado Corazón de Jesús era el auténtico «Cabeza de familia» que velaba por ellos. Realizaron la consagración de su familia el 2 de octubre de 1918 y el mismo día lo entronizaron en su Villa de Wartholz. A esta devoción atribuye

la emperatriz en otra carta la paz interior que sentían aún en medio de los años 1916 al 1922, años de «persecución, la caída de lo más alto, las calumnias más infames y sobre todo durante los primeros años, un esfuerzo sobrehumano sin ningún resultado», refiriéndose a los repetidos intentos de paz. También al Sagrado Corazón le debe haber sobrevivido a una infección que sufrió poco antes del nacimiento de su hija Carlota, que vino al mundo el 1 de marzo de 1921 y que el primer médico que la atendió no supo detectar a tiempo.

Poco antes de abandonar Madeira, por medio de una revelación a otra religiosa, la Madre Virginia de Brites de Paixao, la emperatriz supo que había sido elegida para difundir la devoción al Inmaculado Corazón de María. El 13 de mayo de 1922 Zita, su familia y criados, veintinueve personas en total, ingresaron en la cofradía del Inmaculado Corazón y recibieron el escapulario blanco. Zita intercedió ante el Papa para que se aprobara oficialmente el escapulario.

Modelo de esposa, madre y viuda

A partir de 1950 Zita comenzó a plantearse su ingreso como religiosa en la orden benedictina. Ya había profesado como oblata en 1926 pero esta idea surgió de nuevo con ocasión del matrimonio de su primogénito y heredero, el archiduque Otto, con la princesa Regina de Sajonia en 1951, y al ver a sus demás hijos casados. Zita pensaba haber ya cumplido con su papel de madre de familia y somete su inquietud a la decisión del padre abad con «filial confianza» en una carta que le escribe el 12 de febrero de 1952. Quiso Dios confirmarla en su vocación de madre y esposa mediante las palabras de Mons. Gundl, quién le recordó que su «ejemplar vida conyugal y familiar ha sido con su sola existencia y pese a que el mundo no lo haya entendido, luz del mundo y sal de la tierra»

Durante sus sesenta y tres años de vida en el exilio Zita se negó a firmar cualquier renuncia a sus títulos a cambio de ser reconocida como ciudadana leal de Austria porque entiende que no se tiene derecho a eludir la misión recibida de Dios. Su Majestad falleció en Zizers (Suiza) el 14 de marzo de 1989, donde vivió una modesta vida en un apartamento a cargo de las hermanas franciscanas misioneras de María Inmaculada. Su funeral, se celebra en Viena el 1 de abril de ese mismo año siguiendo la tradición de la casa imperial y real, y es enterrada en la cripta de los capuchinos, panteón de los Habsburgo. A petición suya, su corazón se depositó en una urna y fue depositado en el monasterio de Muni (Suiza), al lado del de su esposo, para «seguir siendo el uno para el otro eternamente» según palabras de la propia emperatriz.

El genocidio armenio, el primer genocidio del siglo XX

FRANCESC MANRESA I LAMARCA

*«Los armenios han llevado constantemente la imagen de Cristo,
del Cristo doliente» (Pablo VI)*



Armenios deportados de Turquía

En los primeros meses de 1915

EN los primeros meses de 1915 el Imperio otomano está en una situación crítica. En 1908, una revolución dio paso a un gobierno nacionalista y occidentalizante, el de los «Jóvenes Turcos». Apenas hace un lustro, se ha batido en la guerra de los Balcanes con resultados funestos para el Imperio, pues ha perdido el 80% de sus territorios en Europa y sus dominios van ahora desde la frontera con Bulgaria, recorriendo toda la costa sur del mar Negro, hasta las provincias arábigas del Sur, que hacen frontera con Egipto por el este y dominan todo el largo de las riveras del Tigris y el Éufrates por el oeste. En fin, apenas la mitad de los territorios que dominaba 35 años atrás. Además, la situación presente es siquiera más delicada: ha entrado en la guerra mundial provocando a Rusia por instigación de Prusia, ha encadenado severas derrotas en la frontera caucásica y vive bajo la amenaza del desembarco de la Entente...

Tras un sangriento golpe de estado en 1913, el gobierno que dirige el Imperio está liderado por el triunvirato conocido como el de los tres Pashás: Talaat, Enver y Jemal. Ellos han sido los líderes del partido ahora establecido como único en el Imperio: el Comité de Unión y Progreso –*Ittihad ve Terakk-*. Este partido ha nacido con una vocación «modernizadora» de la nación y se ha alimentado de los ideales nacionalistas y occidentalizadores: profesan la ciencia como una religión, sus teorías sociales son darwinistas y, aunque disimulado, creen en una raza turca superior a las demás del imperio. Quieren hacer realidad una Turquía occidentalizada al estilo del Japón de los Meijis, a quien admiran. Creado inicialmente como sociedad secreta bajo el amparo de la francmasonería y muy especialmente del carbonarismo italiano, tomaron base en Salónica –hoy Grecia– y se nutrió de oficiales masones de la armada otomana.

La acusación que se les hace de extranjeros advenedizos y faltos de religión tiene sustancioso fundamento: la revolución turca con su nacionalismo es de

algún modo una imposición ‘extranjera’ y de arriba a abajo; la mayor parte de los componentes del Ittihad son macedonios, como el mismo Talaat Bey, en una proporción importante *domnés* –judíos conversos al islam– y prácticamente todos oficiales militares.

Bajo el yugo del imperio otomano, además de los turcos viven otros muchos pueblos todavía: griegos –deportados a las costas mediterráneas de Turquía–, asirios, armenios, árabes... –estos últimos, en menos de un año, se rebelarán instigados por Inglaterra en la rebelión que hiciera famoso a Lawrence de Arabia–. Entre ellos, los armenios provienen de las provincias enmarcadas entre el mar Muerto –aunque sin poseer realmente costa– hasta la línea imaginaria del límite del mediterráneo por el oeste, las fronteras actuales de Siria e Irak por el sur hasta el área transcaucásica o lo que es hoy el límite oriental de Turquía; y además una provincia al este llamada la Cilicia Armenia, en la costa del Mediterráneo. Sin embargo, los armenios no están encerrados en sus provincias, pues no falta en las ciudades más importantes un barrio armenio próspero y populoso, centro de actividad comercial y de artesanos hábiles e inteligentes y centro también de las relaciones comerciales de la respectiva ciudad con Constantinopla y con Europa.

Pueblo inteligente y trabajador, acumulan en sus manos el 90% del comercio del Imperio, regentan multitud de escuelas donde aprenden armenios y no armenios, sus mejores jóvenes estudian en Alemania y sus relaciones comerciales les han abierto las puertas de los principales países del mundo. Un aspecto es claramente diferencial: los armenios son cristianos. Armenia fue el primer reino que adoptó el cristianismo como religión nacional: Iglesia y pueblo han conservado su tradición con vitalidad extraordinaria.

En los primeros meses de 1915 la situación del pueblo armenio no es ni mucho menos prometedora: le previenen las masacres de finales del siglo anterior por el sultán Abdul Hamid II y las sufridas en Cilicia hace apenas seis años; su situación legal ha mejorado desde que se aplicara la nueva constitución, sin embargo tras las derrotas en la frontera rusa Enver y Talaat han culpado públicamente a los armenios, añadiendo combustible al fuego del resentimiento anticristiano, que va en aumento alimentado por la inmigración de los musulmanes europeos de los territorios perdidos, así como a la envidia ancestral y la *jihad* declarada contra los «poderes cristianos» que, dicho sea de paso, los armenios apoyan con poca discreción.

«En realidad ese Gobierno no es el nuestro, sino el vuestro»–le afronta el *Turbedar*, el conservador de la

genealogía del profeta, al Dr. Johannes Lepsius, sacerdote alemán y «ángel de los armenios»–. «De vosotros ha tomado el modelo. Vosotros lo habéis apoyado en su lucha sacrílega contra el más sagrado de nuestros bienes. En el presente actúa según vuestras opiniones. Por consiguiente, debes reconocer que no son los otomanos como nosotros, sino Europa y los esclavos de Europa, quienes son los responsables del destino de este pueblo por el cual combates. Los armenios no tienen ahora sino lo que merecen, pues son ellos a quienes favorecieron y colmaron de homenajes hasta el momento en que el objeto de su adoración se volvió contra ellos». ¹

MecYelern. El gran crimen

Un plan perfecto. Una ejecución pavorosa.

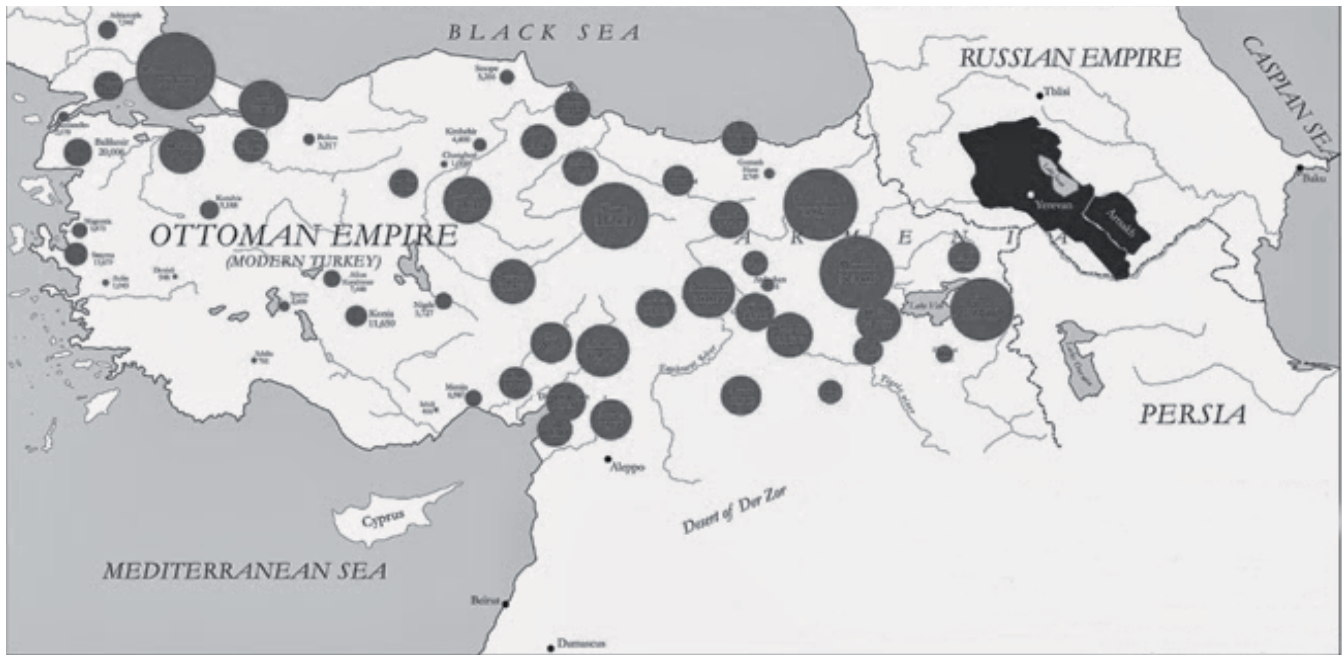
DURANTE los primeros meses de 1915, el Ittihad ha desarrollado un plan para liquidar definitivamente al pueblo armenio. Prusia le ha aportado la solución final: la deportación. Incomunicarlos, liquidar a los líderes y desarmarlos; arrancar a los armenios de sus fronteras naturales, arrastrarlos hasta la otra punta de Turquía... y dejar que se mueran de hambre. Todo lo que dejen atrás los armenios será tomado bajo la «Comisión de bienes y estados abandonados» y ofrecido a los musulmanes huidos de los territorios perdidos en Europa. La supervisión de la ejecución del plan recaerá en el partido del Ittihad desde su órgano central a los locales. El plan es terroríficamente perfecto.

Las órdenes emanadas desde Constantinopla a los comités locales son claras: «Sin piedad y sin compasión, matad todo de un mes a noventa años, pero mirad que esta masacre no se lleve a cabo en los pueblos ante la presencia de la gente».

«–Éstas son las instrucciones para Alepo. Supongo que mientras tanto se han debido de despejar un poco los caminos–». Los dedos gruesos de Talaat, sin descanso, como en un asalto impetuoso, colocan con un gesto maquinal su firma familiar en el texto del mensaje. Son los mismos dedos regordetes que redactaron, ni siquiera en clave, la orden que fue dirigida a los *walis* y *mutessarifs*: «el fin de la deportación es la nada». ² Mientras, se han creado

1. Franz WERFEL. *Los cuarenta días de Musa Dagh*.

2. Op.Cit.



Mapa con la extensión geográfica y la intensidad del genocidio armenio

los *chêtes* o las unidades móviles de exterminio con más de treinta mil convictos y criminales liberados de las cárceles, que serán los encargados de asaltar, desvalijar y diezmar las largas caravanas de deportados. No serán los únicos, las partidas kurdas, ávidas de caer sobre las «riquezas» de los armenios contribuirán a este terror; y por último, no faltarán hombres y mujeres de los pueblos cercanos a los caminos que, convocados por la policía en nombre de la *jihad*, acudirán a la voz diabólica de la muerte a cumplir con esta «santa» obligación.

El horror

En la noche del 24 de abril de 1915 se pone en marcha el plan de deportación. Doscientos cincuenta líderes e intelectuales son arrestados en Constantinopla. En su mayoría serán asesinados, obviamente lejos de Constantinopla donde por prudencia ante los embajadores y cónsules de otros países no habrá deportación.

No obstante, por fases y sistemáticamente se va aplicando el plan en todas las provincias: los hombres influyentes son arrestados y colgados o decapitados públicamente, los armenios de todos los

pueblos son conminados a ponerse en marcha en plazos brevísimos de tiempo acarreando lo mucho o poco que puedan llevar de valor o necesidad; si tienen suerte alcanzarán solamente vivos su destino... que es el infierno de los desiertos de Mesopotamia. Las vírgenes serán ofrecidas como esposas a los musulmanes y encerradas en sus harenes; muchos niños serán secuestrados y obligados a islamizarse en *dervises*.

Los más sucumbirán en los caminos de hambre, de sed, de frío o de calor extremo, extenuados... o en el peor de los casos masacrados por las partidas kurdas o los famosos *chêtes* por fanáticos musulmanes, cuando no por el mismo ejército: torturados, desollados, desmembrados, desangrados, atravesados, ultrajados, aplastados... en multitudes informes, en una carnicería sin parangón... en valles que se tornan rojos por la sangre, que recogen los más dolorosos gritos de dolor, de desesperación, de socorro... entremezclados con los infernales alaridos de aquellos que sedientos de sangre y a falta de balas utilizan todo tipo de instrumento para dar, según creen, gloria a Dios con la muerte del infiel, sean hombres o mujeres, bebés, jóvenes o viejos. Lo que no terminen ellos, exhaustos al final del día, lo harán los chacales y las hienas... y así cuando sigan caminando otros armenios hacia «la nada» hallarán en la vera de los ca-

Las órdenes emanadas desde Constantinopla a los comités locales son claras: «Sin piedad y sin compasión, matad a todos, desde los de un mes a noventa años, pero mirad que esta masacre no se lleve a cabo en los pueblos ante la presencia de la gente».

minos, semienterrados en la arena o empujados por el viento cadáveres, esqueletos y cráneos... de sus hermanos, como prueba de su pasión y de su muerte y anticipo de la que les espera. En pocos meses, ya son más de un millón los desaparecidos.

«Los campos de batalla son algo espantoso... pero el mayor campo de batalla no es nada al lado de Deir-es-Zor... Nadie podía imaginar semejante espectáculo... [...] Ya no son seres humanos. Son fantasmas. Pero tampoco fantasmas de hombres... fantasmas de monos... Sólo mueren lentamente porque comen hierba y de vez en cuando reciben un pedazo de pan. Sin embargo, lo peor es que ya no tienen fuerzas para enterrar a sus muertos, que se cuentan por docenas de miles... Deir-es-Zor es un gigantesco depósito de la muerte...»³

El testimonio

El holocausto armenio era un clamor que el gobierno turco intentaba disimular tras la cortina de los acontecimientos de la guerra mundial. Sin embargo, gracias a los misioneros extranjeros principalmente alemanes y estadounidenses y que no pocos pagaron aun con su vida su amor por Cristo y sus fieles armenios, gracias a los armenios que conseguían huir a Europa, a Rusia o a Egipto, gracias a los diplomáticos de los países de la Entente –y también de Austria, a pesar de ser aliada– la voz del sufrimiento de todo un pueblo fue, a pesar de tantas dificultades, haciéndose oír en Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia...y aún hoy resuena sin que

3. *Op. Cit.*

sus denuncias hayan alcanzado justicia, si es que la hay en este mundo para tan grave pecado.

El *vartabed* –sacerdote célibe– Grigoris Balakian fue arrestado en la primera noche en Constantinopla y sufrió la deportación. Después de ver la muerte de sus hermanos y ser testigo de todas las atrocidades jamás conocidas contra su propio pueblo, se hizo el juramento de sobrevivir para contarlo. Dios lo escuchó: a las puertas de Der Zor consiguió escapar y tras un periplo no exento de dificultades ni peligros, llegó de vuelta a Constantinopla apenas cuatro días antes de la firma de paz en Bulgaria y la captura de Damasco, Beirut y Alepo por los aliados. Eran los primeros días de octubre de 1918. Entonces, el reverendo Balakian empezó a escribir su testimonio al que tituló «El Gólgota Armenio». En el prefacio, dedicado al pueblo armenio, dejó escrito: «Te dedico a ti, amado pueblo de Armenia, este ramillete de episodios de tu martirio, que es tu Gólgota Armenio. Este ramillete no está hecho de la miriada de olorosas y coloridas flores de los verdes campos de Armenia, aunque es santo y sagrado. Mejor, está hecho con los sufrimientos padecidos en mares de sangre y lágrimas, así como el horrible martirio de tus incontables antepasados que murieron en inconcebibles torturas. [...] En los días de gloria pasados podemos contar los héroes sólo con una o dos manos. Hoy todos –desde el bebé en su cuna hasta los abuelos y abuelas de 80 años– se han convertido en héroes. Porque ellos soportaron inauditos sufrimientos y torturas y murieron tan heroicas muertes en el nombre de su patria y su religión, que yo me siento avergonzado de llamar tribulación a mis sufrimientos».

Hoy se cuentan cerca de un millón y medio los cristianos armenios asesinados en apenas cuatro años.

En el centenario del genocidio armenio

«Queridos fieles armenios, hoy recordamos con el corazón traspasado por el dolor, pero lleno de esperanza en el Señor resucitado, el centenario de aquel trágico evento, de aquel inmenso y delirante exterminio que sufrieron cruelmente vuestros antepasados. Recordarlos es necesario, más aun un deber, porque donde no subsiste la memoria, significa que el mal todavía mantiene abierta la herida. ¡Ocultar o negar el mal es como dejar que una herida siga sangrando sin curarla!»

FRANCISCO: Saludo del Santo Padre al inicio de la misa para los fieles de rito armenio, abril de 2015.

EL GENOCIDIO ARMENIO

Cronología

1894-1896

El sultán Abdul Hamid II lleva a cabo una campaña contra la población armenia en respuesta a las masivas protestas por reformas: 200.000 armenios son masacrados.

1908

JULIO, 24. Los «Jóvenes Turcos» del Comité de Unión y Progreso (*Ittihad ve Terakki*) o CUP fuerzan al Sultán a reinstaurar la constitución de 1876, que es a la vez beneficiosa para los armenios.

1909

ABRIL, 23. Las fuerzas del CUP deponen al Sultán una vez sofocado un intento de contrarrevolución. El intento contrarrevolucionario enciende recelos anti cristianos y ocasiona la muerte de 25.000 armenios en Cilicia.

1912-1913

En la guerra de los Balcanes, el Imperio otomano pierde más del 80% del territorio. La mayoría musulmana de los refugiados acentúa una política de animadversión hacia los cristianos.

1913

ENERO, 24. El triunvirato de Ismail Enver, Mehmed Talaat y Ahmed Jemal lideran un golpe de estado y toman el poder.

1914

JULIO, 2. Austria declara la guerra contra Serbia.

AGOSTO, 1-4. Prusia declara la guerra contra Rusia y Francia. Turquía firma un acuerdo secreto con Prusia y las tropas otomanas son puestas bajo mando alemán. Empieza la Gran Guerra.

NOVIEMBRE, 5. Rusia declara la guerra al Imperio otomano.

NOVIEMBRE, 9. En Constantinopla, el Sheik-ul-Islam proclama la *jihad* contra los cristianos. (La *jihad* no es secundada por los pueblos árabes, que iniciarán una rebelión para liberarse del yugo otomano).



Franz Werfel (1890-1946)

1915

ENERO. Victoria rusa en Sarikamish. La presencia de voluntarios ruso-armenios excita las pasiones anti-armenias. Todos los soldados armenios del ejército otomano son desarmados y destinados a batallones de trabajo. Más tarde serán masacrados.

FEBRERO-MARZO. Bajo la dirección del ministro del Interior (Talaat Pashá), el Dr. Behaeddin Shakir organiza los *chetes* de la Organización Especial (*Teshkilati Mahsusa*), con 30.000 elementos liberados de las cárceles que se convertirán en las unidades móviles de exterminio.

ABRIL, 15. Inicia la resistencia en Van, al este de Turquía, contra las masacres de los armenios; durará cinco semanas.

ABRIL, 24. Ante la amenaza aliada de desembarcar en Gallipoli, 250 intelectuales y líderes armenios son arrestados y enviados a prisión; en menos de cuatro meses, serán en su mayoría asesinados.

MAYO, 27. El gobierno del Ittihad aprueba la «Ley temporal de deportación» permitiendo la deportación forzosa del pueblo armenio.

JULIO, 16. El embajador de Estados Unidos en Turquía Henry Morgenthau comunica al secretario de estado sobre «la deportación y los excesos contra los pacíficos armenios» informando de que «una campaña de exterminio está en marcha bajo el pretexto de reprimir la rebelión».

AGOSTO. El cónsul de Estados Unidos informa al embajador Morgenthau que más de un millón de armenios han desaparecido.

SEPTIEMBRE. El gobierno del Ittihad aprueba la «Ley temporal de Confiscación y Expropiación» permitiendo la confiscación de todos los bienes y propiedades pertenecientes a los armenios. (En el Musa Dagh, en la Cilicia armenia, más de 4.000 armenios resisten a la deportación y son finalmente liberados por barcos ingleses y franceses. Hecho popularizado por la novela de Franz Werfel).

1916

JULIO, 15. Victoria del ejército ruso en el Cáucaso. Rusia ocupa –y libera– la mayor parte de la Armenia caucásica.

JULIO-AGOSTO. Talaat ordena masacrar a los armenios aún vivos en el desierto de Der Zor. Se cuentan más de 400.000 muertos.

1917

NOVIEMBRE, 17. La Revolución bolchevique liquida la monarquía. Las tropas rusas dejan el frente de Anatolia, abandonando a los armenios.

1918

MARZO, 3. Se firma el tratado de Brest-Litovsk entre Prusia, Rusia y Turquía cediendo tres provincias armenias a Turquía. Inmediatamente las fuerzas turcas reocupan las provincias de Erzerum, Kars y Van.

MAYO. Fuerzas armenias vencen al ejército turco y salvan lo que queda de Armenia. En Tiflis, se declara la República Democrática de Armenia.

OCTUBRE. Los Aliados capturan Damasco, Beirut y Alepo. Los armenios supervivientes son rescatados.

NOVIEMBRE, 2. El triunvirato de los tres Pashás –Enver, Talaat y Jema– abandona el país.

NOVIEMBRE, 11. Armisticio.

«No hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo»

Síguese pues que la paz digna de tal nombre, es a saber, la tan deseada paz de Cristo, no puede existir si no se observan fielmente por todos en la vida pública y en la privada, las enseñanzas, los preceptos y los ejemplos de Cristo; y una vez así constituída ordenadamente la sociedad puede por fin la Iglesia, desempeñando su divino encargo hacer valer los derechos todos de Dios, lo mismo sobre los individuos que sobre las sociedades. De todo lo cual resulta claro que no hay paz de Cristo sino en el Reino de Cristo, y que no podemos nosotros trabajar con más eficacia para afirmar la paz que restaurando el Reino de Cristo. Cuando, pues, el papa Pío X se esforzaba por «restaurar todas las cosas en Cristo», como obrando inspirado por Dios, estaba preparando la obra de pacificación que fue después el programa de Benedicto XV. En esto consiste lo que con dos palabras llamamos Reino de Cristo.

PÍO XI: *Ubi arcano*

El centenario de la muerte del padre Luis Coloma (1915-2015)

Parte I

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ



Padre Luis Coloma (1851-1915)

ENTRE las fobias a las que las modas literarias y los interés ideológicos que las sustentan nos tienen habituados en la modernidad, muy representativo es el amargo juicio crítico que ha merecido el padre Coloma principalmente desde la publicación de *Pequeñeces*, su obra más granada. El profesor Don José-Carlos Mainer, buen conocedor de la historia literaria de los siglos XIX y XX, pero que en sus juicios valorativos no oculta sus criterios de hombre nítidamente de izquierdas y especialmente antifranquista, en *Breve historia de la literatura española*¹ en la que colabora, sentencia lacónicamente al Padre Coloma con este epitafio o si quieren epigrama «Luis Coloma, jesuita, que publicó ese mismo año (1891) *Pequeñeces*, una novela en la órbita alarconiana de moralismo hipócrita y superficial atrevimiento»¹. Habló Blas y punto redondo. *Sic transit gloria mundi*.

1. ALVAR, Carlos, MAINER, José-Carlos, NAVARRO, Rosa: *Breve historia de la literatura española*. Editorial Alianza . Madrid 2014 (2ª edición) pág. 527.

No te digo nada cuando se conoce que la cima de lectores la alcanzó tras la versión cinematográfica que en 1949 realizó Juan de Orduña en pleno franquismo y que su novela histórica *Jeromín* sobre la infancia y juventud de Don Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos I y hermanastro de Felipe II, fue así mismo llevada al cine en 1953 por Luis Lucía como director e interpretada por Adolfo Marsillach, Ana Mariscal e Irene Caba Alba, convirtiéndose en un referente artístico y cultural del régimen franquista y deleite de los jóvenes y aun niños de aquellos años cincuenta.

Es así mismo verdad que el padre Coloma no gozó de simpatía entre el pueblo tradicionalista. *Pequeñeces* está ambientada en los años de la restauración de Alfonso XII, en los momentos en que está teniendo lugar, en el norte de España, la tercera guerra carlista. No les resultaba fácil comprender a los defensores de la «Causa» que don Luis fuera tan fiel a la dinastía constitucionalista y liberal iniciada por Isabel II, por más vinculaciones familiares y actuaciones juveniles que trataran de explicarlo, incluido, en los años de conspiración alfonsina, el disparo fortuito que al limpiar el revólver le ocasionó una herida grave, punto de partida de su vocación jesuítica.

Aunque a los alfonsinos no los dejaba bien, los carlistas pasan de puntillas por la obra, más sin gloria que sin pena. Pero el asunto era otro. Nada menos que presentar una aristocracia decadente que anuncia un proceso de descomposición de los valores más representativos de la identidad española y de su misión al servicio de la sociedad. Como recuerda el autor en la grotesca y solemne ceremonia de nombrar, entre los grandes de la nobleza, caballero cubierto al pervertido Jacobo, marqués de Sabadell, más pícaro que caballero.

«Los Grandes alargaban las cabezas, ansiosos de oír a Jacobo... Acababan de ver retratado, cual en un espejo, en el discurso de Benhacel, lo que debe de ser un Grande, lo que significa aquel lema de la antigua hidalguía: *nobleza obliga*, que no exige ciertamente que cada título de Castilla sea un genio, ni cada Grande de España un héroe, ni cada apellido ilustre un santo; porque ni el genio se hereda, ni la inteli-

gencia se vincula, ni el heroísmo es un pergamino, ni la santidad un mayorazgo. Pero que exige e impone, con la fuerza imperiosa de un deber de conciencia, la obligación de considerar en la Grandeza una *carga* a la vez que un *honor*; de servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; de sostener la dignidad de las glorias que representa; de echar, como Breno, el peso de la espada o el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; de sentir algo más que voluptuosidades; de querer algo más que placeres; de saber defender un trono cuando se hunde, como en España el 68; de saber morir como un rey cuando le degüellan, como en Francia el 93». (Libro IV, capítulo 5°).

Don Luis Coloma nació en Jerez de la Frontera (Cádiz) en 1851 y murió en Madrid en 1915. Su producción literaria fue abundante. Diecinueve volúmenes recogen su obra completa, que la Editorial Razón y Fe publicó en Madrid en 1942. En 1908 ingresó en la Real Academia Española, tras pronunciar un discurso sobre el padre Isla.

Comenzó su andadura narrativa de la mano de Fernán Caballero –Cecilia Bohl de Faber– a la que conoció en Sevilla cuando inició sus estudios de Derecho en la Universidad. A pesar de la gran diferencia de edad entabló una amistad profunda con la escritora. Viejecita ya, fue la gran mentora de su vocación y tanto en los artículos de costumbres como

en sus relatos mayores, la finalidad moralizadora y, sobre todo al principio, una mirada bondadosa en sus sátiras y juicios críticos, nos recuerdan a la escritora que tanto influyó en el nacimiento de la novela realista, logro mayor de la estética literaria del siglo XIX en la segunda mitad del siglo.

En 1871 publicó *Solaces de un estudiante (Cuadro de costumbres españolas)*. El prólogo era de la escritora amiga. Curiosamente reeditó la obra con el mismo título, en 1910, año en que aparece también *Recuerdos de Fernán Caballero*, especie de memorias de gran interés para los estudiosos de sus obras.

Su etapa de plenitud se inicia en 1891 con la publicación de *Pequeñeces* (1891) y que se prolonga hasta su muerte (1915). Destacan sus seis relatos biográficos, a modo de novelas históricas. La más divulgada es *Jeromín* (1902). Son de interés: *Retratos de antaño (Cuadros biográficos del siglo XVIII)* (1893); *Boy* (1895-1896) relato en que se evocan sus recuerdos juveniles en la Escuela Naval de San Fernando (Cádiz); *La reina mártir* (1898), biografía de María Estuardo. *El marqués de Mora* (1903), biografía de un ilustrado español y *Fray Francisco* (1911), biografía del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. (1895)

Aunque menos recordadas hoy, gozaron de gran aceptación sus narraciones breves, por ejemplo sus *Cuentos para niños* (1890) publicados en «El Mensajero del Corazón de Jesús». Uno de ellos se extendió por España e Hispanoamérica con tal

Pequeñeces: un bien inmenso para muchas almas

«Si el novelista ha de servir la causa de Dios, sus novelas serán para ello eficaces, aún cuando aborden las desventuradas realidades del mal, y las pinten con suficiente claridad para que el lector experto diga: "Esa es la verdad: el mal no engendra ni la verdadera alegría, ni mucho menos la verdadera felicidad". Un ejemplo de este tipo de novela es *Pequeñeces*. El escándalo que se hizo alrededor de esa obra no alarmó ni al autor ni a sus superiores. *Pequeñeces* era la más vigorosa novela salida de la pluma de un sacerdote, y tenía todas las características de una obra perfecta. Y los padres jesuitas siguen reeditando este libro y los otros del mismo autor, que han hecho y seguirán haciendo un bien inmenso a millones de almas».

Hugo WAST, *Vocación de escritor*, 1931

fuerza que pasó a ser el desencadenante de que *El Ratoncito Pérez*, personaje que pertenecía a diversas tradiciones folklóricas, con diferentes nombres y figuras, dejase debajo de la almohada una golosina en lugar del diente caído a la niña o al niño. El padre Coloma tuvo el acierto de escribir el cuento que lleva el nombre del protagonista *El ratoncito Pérez* (1894) y asentar imagen y personalidad del ratoncito, tal como hoy lo imaginamos en todas partes. Curiosamente es el único ratón que no despierta ni miedos ni temores a ningún niño (ni mayor). Lo anecdótico fue que lo escribió por encargo de la Corte, con ocasión de que al hijo de María Cristina, Alfonso XIII, acababa de caérsele un diente. El ratoncito es un personaje bondadoso que enseña al Rey Buby (hipocorístico con que la Reina María Cristina llamaba a su hijo) las miserias que sufren las pobres gentes. En el cuento, el ratoncito deja en el lecho nada menos que un toisón de oro, que para el común de los niños se reduce a un sencillo regalo—¡menos mal!— alivio de penas y reconocimiento de dignidades no menos regias en cada niño y en cada niña.

Pequeñeces de don Luis Coloma. Juicio crítico

LA obra más valiosa sin duda es *Pequeñeces*, título en que ya comenzamos a percibir la ironía del autor y su finalidad satírica que tantos sinsabores le ocasionaron, hasta el extremo de no volver a escribir ninguna obra posterior de denuncia social y política similar, probablemente por obediencia a sus superiores. Es una pena porque la veta del genio se manifestó en plenitud en la presentación de ambientes y personajes que con fidelidad pasmosa nos llevan de la ficción literaria a la verdad histórica, hasta poder afirmar que no hay novela más certera para conocer el estado moral de una aristocracia decadente en el último tercio del siglo XIX, que *Pequeñeces*. En todo caso la realidad fue más deplorable que la ficción. Habrá que esperar a Valle-Inclán en la serie *El ruedo ibérico*, que, aunque obra inacabada, nos dejó una visión esperpéntica de aquellos mismos años. En la serie primera con el título *Los amenes de un reinado* escribió *La corte de los milagros* (1927), *¡Viva mi dueño!* (1928) o *Baza de espadas. Vísperas septembrinas* (publicada en el periódico *El Sol*, en

1932, incompleta) estaba ambientada en los mismos años que *Pequeñeces*. Los títulos nos advierten de la sátira despiadada contra la corte isabelina y los acontecimientos posteriores. Fue una pena que no concluyera la obra cuya tercera serie llevaba por título *La Restauración borbónica*.

La reacción virulenta que la novela de Don Luis despertó desde su aparición no fue por carencia de méritos literarios, aunque de ello también echaran mano los detractores. En el mismo año de su publicación el periodista Manuel Martínez Barrionuevo (1857-1917) publicó una opúsculo que lleva por título: *Un libro funesto: Pequeñeces, del Padre Coloma* (Barcelona, 1891), lógicamente antología de todos los desvaríos doctrinales propios del «jesuitismo». El clérigo liberal José Ferrándiz lo acusó de mala gramática (a uno de los escritores que constantemente hace gala de sus conocimientos de literatura universal —muy en el estilo de la formación jesuítica— y que domina, con gran precisión y riqueza de vocabulario, el arte de la palabra, hasta saber poner en boca de sus personajes errores léxicos o gramaticales delatadores de su nivel cultural). Menos errado andaba cuando le acusó de asiduo a los salones de la nobleza que tanto detestaba.

La escritora Emilia Pardo Bazán nos permite entender el origen de la diatriba. Le reconoce sus dotes de escritor, más aún lo aproxima, inapropiadamente, a la corriente del realismo naturalista, en la que a ella misma se incluía. El determinismo materialista —de un E. Zola, por ejemplo— fue escaso en España, contrario en la mayoría de los escritores a la libertad y al sentido cristiano del ser humano. Se les llama naturalistas porque no rehuyeron describir situaciones desagradables o indecorosas. La acusación firme de Doña Emilia le vendrá por considerar al padre Coloma «integrista en demasía».

No menos iluminador me parece el escrito satírico e irónico del refinado escritor Don Juan Valera, diplomático liberal, fino crítico y novelista. Una sentencia suya reproducen todos los manuales escolares: «La novela hubiera sido mejor sin ser sátira, y la sátira mejor sin ser novela, y el sermón retemejor (sic) si no hubiera sido ni novela ni sátira».²

Imagina Valera la carta que le dirigiría al padre

2. VALERA, Juan. *Carta de Currita Albornoz al autor de Pequeñeces*.

Coloma la protagonista de la novela, Currita de Albornoz, marquesa de Santa Cruz. Con hábil pluma y sutil ingenio pretende Don Juan descalificar al autor y a la novela. Sin embargo siempre me pareció arriesgado el procedimiento. En el momento en que le otorga a Currita, personaje de ficción, entidad para salir de la novela y moverse en la realidad histórica, está reconociendo la valía de un creador de personajes tan verosímiles que pueden moverse como pez en el agua, de tú a tú por entre la gente histórica.

La carta se inicia con estas significativas palabras: «Querido y venerado Padre: No recuerdo, a pesar de los muchos años que llevo de vida, éxito tan extraordinario alcanzado por un libro español como el de la novela de V., titulada *Pequeñeces*. Todos la leen, la encomian o discuten con pasión sobre ella. Cada cual, por desgracia y sin duda contra la intención de V., se complace en descubrir personas reales en los héroes de la novela, pintados con tan negros colores, y pone nombres, apellidos y títulos verdaderos sobre los imaginarios que V. inventa. De aquí que la novela venga a ser, al mismo tiempo, para V., hermoso triunfo literario, y para la sociedad, escándalo deplorable.»

Es una novela que levantó los enojos de los sectores liberales, conservadores y radicales, porque ponía el dedo en la llaga. Describía una sociedad superficial y divertida que asistía inconsciente o indiferente a las graves amenazas que desmantelaban el ser y la grandeza de España, empezando por el abandono del sentido religioso de la vida, reducido a ceremonia de cortesanas y ringorrangos sociales, como quien al entrar en el templo deja su tarjeta de visita, y en el que la caridad organizada –por ejemplo, para ayudar a los heridos de la guerra del norte– se reducirá a ocasión de bailes, festejos de relumbre, banquetes suntuosos y ceremoniosos, todo ello a costa del dinero recaudado por fundaciones cuyos fondos nunca llegan al fin primordial de la fundación, como en tantas de sus novelas también Galdós lo había denunciado. Entre tanto, en la realidad histórica: Por un lado, la presencia poderosa de la masonería en conspiraciones espurias como la de convertir en rey a Amadeo de Saboya, la fragmentación de España por un cantonalismo federalista, el triunfo de la primera república, la restauración bor-

bónica de Alfonso XII, o asesinatos anónimos fruto de venganzas personales. En la otra, la tercera guerra carlista. Tragicómica hora dramática de España.

La novela, como reconoce Valera, despertó entusiasmos y rechazos furibundos como no lo habían producido ninguna de las novelas de José M^a Pereda, el defensor de las costumbres ancestrales de su solariega cántabra. Era una novela, no un libelo. En modo alguno se le puede achacar de novela de tesis, exaltación de los buenos y condena de los malos. Es una fotografía de la sociedad que reproduce lo que hay precisamente en la acepción

que damos a la clasificación literaria de «novela realista contemporánea».

Que hay condena moral indirecta, que la sugiere el autor o la deduce el lector, pues claro. Es muy aleccionador el prólogo que escribe el padre Coloma antes de iniciar el relato y en el que parece curarse en salud. Reproduzco sus palabras:

«Cierto, ciertísimo, lector pío y discreto, que

peca de inmoral y merece toda censura el autor que encomia a los ladrones y recomienda sus hurtos y los facilita; o el que protestando contra ellos y reconociendo su inmoralidad, traza, sin embargo, con buenas intenciones y poquísima prudencia, cuadros de peligrosa belleza, de tentación seductora, que ejercen sobre el lector incauto, y aun sobre el que por tal no se tiene, la atracción siniestra del abismo. Mas no por eso has de deducir de aquí, lector pío siempre, y esta vez no discreto si tal deduces, que sea igualmente inmoral el escritor que confiesa paladinamente que hay ladrones, que da la voz de alerta contra ellos y los saca a la vergüenza pública, pintándolos con todas aquellas sus negras tintas que sufre el decoro y hacen al vicio antipático y odioso, y se ayuda así del mal para hacer el bien, a la manera que la primavera se ayuda del estiércol para fabricar la rosa. Como dijo un poeta antiguo:

Del más hermoso clavel,
pompa del jardín ameno,
el áspid saca veneno,
la oficiosa abeja, miel.»³

3. COLOMA, Luis: prólogo a *Pequeñeces*

Ante la reciente encíclica del Papa sobre el cuidado de la casa común

ANTONIO PREVOSTI MONCLÚS

AUNQUE es verdad que la Iglesia y el Papa no son competentes en cuestiones científicas, técnicas, económicas y similares, en cuanto tales, es igualmente verdad que ningún ámbito de la vida y la actividad humanas escapa a su juicio en la medida en que afecta a la fe o a la moral. Por ello no es de extrañar que existan ya desde hace años exhortaciones y enseñanzas hechas públicas por la jerarquía católica sobre cuestiones relativas al medio ambiente y a la protección de la naturaleza. Con todo, estas cuestiones nunca hasta ahora habían ofrecido la materia para una encíclica, de modo que la reciente *Laudato si'* del papa Francisco no deja de ser una novedad, con su buena carga de sorpresa y de desconcierto. Mas, si el potencial lector fácilmente puede, antes de su lectura, abrigar alguna duda acerca de la justificación y adecuación de una encíclica así, con la lectura de la misma, por lo demás amena y fácil a pesar de su longitud, se dará cuenta de la evidencia de los múltiples aspectos morales y religiosos implicados en la problemática ecológica, y que al Papa le compete, por descontentado, decir su palabra sobre estas cuestiones.

Una primera lección que quizás cabe extraer de esta encíclica sería evitar el menosprecio de los problemas medioambientales y de los planteamientos ecologistas, como si fuesen ajenos a una sana espiritualidad cristiana. Escribe el Papa: «Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa, no consiste en algo opcional ni en un aspecto secundario de la experiencia cristiana».¹ Pues es fácil, incluso, caer en la idea de que con tales problemas se trata de una cuestión técnica más que moral. Podría pensarse: «cómo enfrentarse a los problemas del calentamiento global, de la capa de ozono, de los recursos energéticos, etc.: es algo que deben resolver los técnicos y los científicos». Podríamos compararlo al cuidado que hay que dar a una casa o a un edificio: hay que pintar con frecuencia, reparar el tejado, mantener las instalaciones, etc.: son cuestiones téc-

nicas. Y sin embargo, hay graves asuntos morales implicados en ellas. Pues la vida de nuestros hermanos en el presente y la de las generaciones futuras depende de ellas. La cuestión de mantener habitable la casa común, en condiciones para una vida propia del ser humano, tiene su aspecto técnico, pero constituye una obligación moral, comparable a la que se expresa en las obras de misericordia corporales.

Pero además, el Papa, en la reciente encíclica, ha puesto de relieve una dimensión más profunda de los temas ecológicos: en ellos late también algo que afecta a la misma religión, a la relación del hombre con Dios, su Creador. Y parece que precisamente esto es lo que ha querido que quedara expresado en el mismo título de la encíclica, en sus palabras iniciales, «Alabado seas, mi Señor», que son una cita del *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís, que el Papa propone como ejemplo de tal espiritualidad. Al seguir leyendo, lo vemos confirmado con muchas citas bíblicas: lo que el Papa enseña como visión cristiana de los pro-

El reconocimiento de que el mundo material es obra de Dios es la razón más poderosa para respetarlo y cuidarlo con amor reverencial y para justificar, por consiguiente, todos los detalles de una ética ecologista sólida y aceptable.

blemas ecológicos no es una invención para adaptarnos los católicos a nuestro tiempo; al contrario, aparece como un ejemplo sorprendente de aquellas cosas nuevas y viejas que el cabeza de familia saca de su tesoro, como enseñaba Jesucristo (Mt 13, 52). Es decir, nos damos cuenta, leyendo la encíclica, de que todo estaba escrito en la Biblia, mas no le habíamos prestado atención o no nos habíamos dado cuenta del significado que eso tenía en relación con los problemas del planeta.

Las ideas básicas de esta visión sobrenatural de la cuestión ecológica las desarrolla el Papa sobre todo en el capítulo 2 de la encíclica, que titula «*El evangelio de la creación*». En esta visión del mundo físico como obra de Dios, podemos encontrar a la vez las claves de esa dimensión religiosa de la ecología de la que estamos hablando, y los principios para la fundamentación más profunda y radical de

1. *Laudato si'* párrafo 217. En adelante nos referiremos a los párrafos de esta encíclica indicando simplemente su número entre paréntesis tras los textos citados.

todas las teorías y juicios pertinentes en cuestiones ecológicas. En efecto, el reconocimiento de que el mundo material es obra de Dios es la razón más poderosa para respetarlo y cuidarlo con amor reverencial y para justificar, por consiguiente, todos los detalles de una ética ecologista sólida y aceptable.

De este fundamental principio, que nosotros y el universo entero somos creados por Dios, se derivan múltiples consideraciones importantes. El mundo no es fruto del mero azar, sino que responde a un plan inteligente, tiene un orden y un sentido. Además, todas las cosas, por insignificantes que parezcan, y no sólo los seres humanos, existen a causa del amor divino. «El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado», escribe Francisco, sacando esa sencilla lección de lo que está escrito en el libro de la Sabiduría: «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste, porque, si algo odiaras, no lo habrías creado» (Sb 11, 24). Y llega a decir: «cada criatura es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo. Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en

El mundo no es fruto del mero azar, sino que responde a un plan inteligente, tiene un orden y un sentido. Además, todas las cosas, por insignificantes que parezcan, y no sólo los seres humanos, existen a causa del amor divino

esos pocos segundos de existencia, Él lo rodea con su cariño» (77). Esto confiere a cada cosa un valor que ni siquiera advertiríamos si no tuviéramos en cuenta estas verdades.

De los relatos bíblicos de la creación dice el Santo Padre que se extrae también la noción de que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra (66).² Nuestra relación con la tierra, así como con el mundo físico en su conjunto, es importante, pero no puede ser separada de las otras dos. El Papa insiste, casi como un sonsonete, en que «todo está conectado». De hecho avisa desde el principio de que éste es uno de los «ejes que atraviesan toda la encíclica», y lo repite numerosas veces para que el mundo note que no se puede esperar una solución

2. Estas tres relaciones nos recuerdan un concepto sintético importante del pensamiento chino: *san cai*, los tres principios, o tres poderes, a saber, el Cielo, el hombre y la tierra. En más de un punto, el papa Francisco parece integrar en su encíclica pensamientos que podrían muy bien proceder de allende los límites de la cultura europea u occidental.

de los problemas ecológicos sin atacar a la vez los problemas sociales, sin adoptar actitudes éticamente correctas en todos los campos, sin cumplir sinceramente el ser humano con su deber religioso para con su Señor. Ejemplo de esto puede ser la siguiente afirmación que puede sorprender a algunos, pero que responde a una verdad bien profunda: «Dado que todo está relacionado, tampoco es compatible la defensa de la naturaleza con la justificación del aborto» (120). Por lo tanto, por todo esto, el Papa reclama la necesidad, para la humanidad, de «una nueva síntesis». «Está pendiente el desarrollo de una nueva síntesis» (121).

Una de las fórmulas que expresan esta unidad que el hombre de hoy tiende a perder de vista, y que se me antoja sin embargo muy adecuada para que este mismo hombre lo entienda, es la comparación del universo con una gran familia, de la que Dios es el Padre. Solemos representarnos a la humanidad como enlazada por el vínculo familiar de la fraternidad: todos somos hermanos en Cristo e hijos de un mismo Padre. Pero la encíclica *Laudato si'* nos invita

a incluir en esta familia a todas las criaturas: al hermano sol, a la hermana luna, al hermano viento, a la hermana agua y al hermano fuego. «Siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universos estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal,

una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde» (89).

Hay por consiguiente una doble motivación en el respeto hacia todas las criaturas de la naturaleza: una es, podríamos decir, interesada, pero viene exigida por una argumentación ética: no tenemos derecho a malbaratar los medios y recursos que son necesarios para la vida humana. La otra participa más de lo desinteresado y contemplativo: cada cosa merece respeto simplemente por lo que es en sí, y no porque nos sea útil, por cuanto en cualquier perfección de las criaturas se refleja de alguna manera la perfección divina, su sabiduría, su amor, su Providencia.

Todas las criaturas nos hablan de Dios y nos llevan hacia Él. La auténtica admiración contemplativa de las maravillas de la creación adquiere todas las trazas de un camino espiritual. Los párrafos 84 a 88 de la encíclica son a este respecto bien claros, entrañablemente bellos y dignos de ser meditados.

La relación del hombre con la tierra no la puede entender el cristiano fuera del mandato que Dios dio a nuestros primeros padres después de su creación: «Sed fecundos y multiplicaos, y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que reptas sobre la

tierra» (Gén 1, 28). Pero este mandato se entendería mal, enseña el Papa, si interpretáramos el dominio sobre la tierra y los seres vivos al modo de una «explotación salvaje», como un señorío absoluto y sin condiciones del ser humano sobre los demás seres materiales. La Iglesia siempre ha reconocido el derecho de propiedad, incluso sobre la tierra, como fundamento del orden social; sin embargo, «Dios niega toda pretensión de propiedad absoluta» (67). Francisco recoge con énfasis las enseñanzas de su predecesor san Juan Pablo II acerca de los límites de la propiedad privada y su subordinación al destino universal de los bienes: «sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». ³ Igualmente, dice Francisco, «el medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia de algo es sólo para administrarlo en bien de todos» (95). Por esto, «la forma correcta de interpretar el concepto del ser humano como señor del universo consiste en entenderlo como administrador responsable» (116).

El orden del universo consiste sin duda en cierta unidad de todas sus partes regida por la finalidad, de modo que los seres inferiores son para los superiores. Como explica magistralmente santo Tomás, todo el mundo material ha sido hecho para las substancias intelectuales, y éstas para Dios. ⁴ Pero el Papa advierte muy justamente algo que quizás olvidamos: «las criaturas no están completamente subordinadas al bien del ser humano, como si no tuvieran un valor en sí mismas y nosotros pudiéramos disponer de ellas a voluntad» (69). Así lo enseña ya el *Catecismo de la Iglesia católica*: «Las distintas criaturas, queridas en su ser propio, reflejan, cada una a su manera, un rayo de la sabiduría y de la bondad infinitas de Dios. Por esto el hombre debe respetar la bondad propia de cada criatura para evitar un uso desordenado de las cosas». (núm. 2416).

Ese ser propio de cada cosa, procedente de la voluntad creadora de Dios, es algo que en muchos sentidos el hombre contemporáneo se resiste a reconocer y a aceptar. He ahí uno de los aspectos en que las

ideas ecologistas ponen de manifiesto de un modo más flagrante las incoherencias del pensamiento actual. Ese ser propio de cada cosa es lo que los griegos llamaron su *naturaleza*, y con ese nombre lo ha recogido el pensamiento cristiano y nos lo ha legado a las generaciones que vivimos hoy en día. No por casualidad el Papa cita un pasaje crucial de santo Tomás de Aquino, en su *Comentario a la Física de Aristóteles*, en donde explica qué es la naturaleza comprendida desde la perspectiva de la creación. La naturaleza, dice, no es sino el arte divino inscrito en

La auténtica admiración contemplativa de las maravillas de la creación adquiere todas las trazas de un camino espiritual. Los párrafos 84 a 88 de la encíclica son a este respecto bien claros, entrañablemente bellos y dignos de ser meditados.

las cosas, de modo que por él, por su naturaleza, las cosas todas se mueven y se comportan de un modo peculiar, que es propio de cada una, dirigiéndose al fin para el que fueron creadas. El respeto a la naturaleza no es, pues, sino el respeto al orden querido por Dios, y en definitiva, a la ley divina. El respeto a la naturaleza de las plantas y de los animales no puede separarse del respeto a la naturaleza del ser humano, y, por lo tanto, al respeto del orden moral entero, que se funda y deriva de ella.

La cuestión de la finalidad y del fin de todas las cosas surge naturalmente en la consideración de los problemas del ecologismo. Por esto precisamente, las enseñanzas del Papa acerca de estas cuestiones han de tener, más marcadamente o menos, una vertiente escatológica necesaria. ¿Qué implican, si no, estas palabras: «ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia común y de un futuro compartido por todos» (202)? Más claramente se expresa cuando hace referencia al final de los tiempos, cuando el Hijo entregue al Padre todas las cosas y *Dios sea todo en todos* (1 Cor 15, 28). De ese modo —dice— las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un destino de plenitud. En los párrafos finales (243-244), bajo el título «Más allá del sol», el Papa alienta a la esperanza con la gozosa visión de la plenitud final, en la que, de esta casa que se nos confió, «todo lo bueno que hay en ella será asumido en la fiesta celestial».

3. JUAN PABLO II *Discurso a los indígenas y campesinos de México, Cuilapán* (29 de enero de 1979), 6. Cita en la encíclica *Laudato si'* 93.

4. III C. G. cap. 112, nn. 2858, 2860, 2863.



IGLESIA PERSEGUIDA

Se acerca el invierno para los cristianos en Oriente Medio

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

LA creciente acogida de refugiados procedentes de Oriente Próximo en la Unión Europea acrecienta los deseos de abandonar la zona entre los cristianos sirios e iraquíes. Según los datos de la Iglesia en Irak, al menos quince familias cristianas –unas 75 personas– consiguen salir del país cada día y hay unos dos millones de desplazados internos. La situación en Siria es peor, con cuatro millones de sirios refugiados fuera del país y nueve millones más desplazados internos. Debemos ayudarles y acogerles. La Iglesia en Oriente Medio también pide prudencia, necesita apoyo para que los cristianos no desaparezcan y reclama ir a la raíz del conflicto.

Las voces de la Iglesia

Los obispos de las comunidades cristianas de Irak y Siria ven alarmados el aumento de personas que quieren irse de la región. Su postura es de ofrecer ayuda para que no se vayan, pues puede ser el fin del Cristianismo en Oriente Medio. El patriarca católico melquita de Antioquía, Gregorio III ha recordado el deber de atacar la causa central de la emigración para dar una auténtica solución al drama de las familias, «para evitar estas tragedias el punto es hacer la paz, garantizar la salvación y el futuro del Oriente Medio».

«Yo les digo que el enfoque no debe ser dar la bienvenida y acomodar a los refugiados, sino detener el conflicto desde sus raíces. Todo el mundo debe participar», ha denunciado el Patriarca. «Esto es lo que esperamos, la paz... no palabras sobre los emigrantes y discursos de bienvenida. Nunca más la guerra».

Existe una gran preocupación por las nuevas generaciones, que son la esperanza de un futuro mejor. «Una Iglesia sin juventud no está viva», ha alertado el prelado. Sin embargo el llamamiento realizado es simplemente una invitación, dadas las graves condiciones actuales. «No queremos prohibir que se vayan, les pedimos que tengan paciencia y confianza, y que, si parten, nosotros estaremos cerca».

Por su parte, Mons. Luis Sako, patriarca católico caldeo de Irak, ha destacado en declaraciones recientes a Vatican Insider que el efecto llamada de la crisis de refugiados es alarmante. El patriarca asegura que muchos de sus fieles están pidiendo a la Iglesia que les ayude a huir, cuando en muchos casos, no existe una necesidad humana y económica para hacerlo. «Puedo confirmar que los desplazados no son los únicos que se van. Los sacerdotes me cuentan que se están yendo hasta los que están bien económicamente. Gente que no necesitaría irse. Sienten que ahora se abrió una ocasión, temen que esta ventana se cierre dentro de poco.»

Se produce así un nuevo drama de desigualdad entre los que pueden y no pueden marcharse. «Mientras tanto los que son más pobres no piensan en irse. Es una pérdida para todos. Se van las mejores fuerzas, las únicas que habrían podido tratar de reconstruir todo lo que ha sido destruido en estos años».

Ayuda para los refugiados

EL padre Andrzej Halemba, director del departamento de Oriente Próximo en la fundación pontificia *Ayuda a la Iglesia Necesitada*, durante una visita a los proyectos en Siria ha constatado la preocupación por las personas que se marchan. «Aquí se siguen los debates que se mantienen en Europa. Por ello, muchas personas –y en particular cristianos– quieren abandonar el país. Me han preguntado en muchas ocasiones si les puedo ayudar para emigrar, por ejemplo a Alemania. Pero nuestra labor tiene como objetivo facilitar un futuro a las personas en su propio país».

«Después de varias visitas en lo que va de año, mi impresión es que está creciendo el miedo a una inestabilidad aún mayor en Siria. Los éxitos militares del Daesh (Estado Islámico) despiertan el pánico, especialmente entre los cristianos. El futuro de la ciudad de Aleppo, donde siguen viviendo muchos cristianos, es incierto», ha asegurado el padre Halemba.



El patriarca Gregorio III visita a la comunidad cristiana de Homs (Siria)

Un aspecto positivo, según el sacerdote, es la labor que desarrollan in situ los socios que colaboran en los proyectos financiados por Ayuda a la Iglesia Necesitada. «Trabajan cada vez más eficaz y coordinadamente a favor de las personas. Así lo ven también los propios afectados. Por ejemplo, cuando estuve en la población cristiana de Marmarita, cerca de la frontera libanesa, decían que nuestros benefactores les hacen posible sobrevivir. En un encuentro, un muchacho solo exclamaba, en árabe: *shukran*, gracias».

Marmarita alberga actualmente a numerosos refugiados dentro del propio país, tanto cristianos como musulmanes. «El pueblo está absolutamente saturado, apenas queda espacio para viviendas para refugiados», dice el padre Halemba. Una joven dentista, Sana, dirige un equipo de voluntarios apoyados por AIN en Marmarita.

«Marmarita es un lugar seguro. Aquí no oímos ni bombas ni explosiones, pero la vida se ha vuelto muy cara y apenas hay trabajo. Por ello, nuestra labor se centra en ayudas para pagar el alquiler, pero también en atención médica y becas de estudio. Proporcionamos subvenciones para pagar el alquiler a casi trescientas familias. Unos ciento cuarenta estudiantes reciben ayudas para sufragar los gastos de transporte a sus universidades, que están muy lejos».

Sana, cristiana sirio-católica, dice que los sufrimientos de cada refugiado le llegan al corazón. «Estamos ayudando a una familia que ha perdido a un hijo en una explosión en Damasco. El segundo hijo ha enfermado ahora de cáncer y necesita urgentemente atención médica». También les conmovió –dice Sana– lo que le sucedió a una madre joven, que ha perdido a su marido, también en una explosión en Damasco. «Ahora tiene que arreglársela ella sola para salir adelante con dos niños pequeños, y sin embargo encuentra fuerzas para ayudar a otros refugiados en nuestro equipo. Es un auténtico ejemplo de caridad cristiana».

El padre Halemba subrayó que para Ayuda a la Iglesia Necesitada, además de la ayuda humanitaria de emergencia, es importante el apoyo de proyectos pastorales. «En la ciudad de Qusayr, por ejemplo, hemos apoyado la reforma de una iglesia destruida por los yihadistas. Ahora puede utilizarse de nuevo para la liturgia. Esto da a las personas la esperanza de que la vida sigue.» Desde el estallido de la guerra hace cuatro años, Ayuda a la Iglesia Necesitada ha prestado en Siria ayudas por más de ocho millones de euros. Actualmente se están financiando unos ciento cuarenta proyectos humanitarios y pastorales. En Irak, AIN ha enviado en el último año, desde la irrupción del Daesh (Estado Islámico) en Mosul y la Llanura de Nínive, un total de ocho millones de euros en proyectos de emergencia y apoyo pastoral.

La contienda interior de la madre Teresa de Jesús y un elogio póstumo

SANTIAGO ARELLANO HERNÁNDEZ



Santa Teresa de Jesús

DESDE el comienzo no le fueron fáciles a nuestra Santa ni la reforma en su propósito de volver a la Regla primitiva del Carmelo; y menos aún que una monja de clausura, viviese fuera de su convento y fuese por los caminos y ciudades de España fundando monasterios de Descalzas e incluso de frailes descalzos. La contienda fue durísima e incluso violenta.

El capítulo 28 del libro de las *Fundaciones*, el párrafo primero comienza así: «Acabada la fundación de Sevilla, cesaron las fundaciones por más de cuatro años. La causa fue que comenzaron grandes persecuciones muy de golpe a los Descalzos y Descalzas, que aunque ya había habido hartas, no en tanto extremo, que estuvo a punto de acabarse todo».

Seguimos con ella en Sevilla. 1575-1576. El año que aquí ha permanecido no le ha resultado cómodo. Sólo le faltaba topar con la Inquisición. El obispo de Palencia Álvaro de Mendoza amigo y protector en Ávila, se vio obligado a entregar el libro de *La Vida* a la Inquisición de Valladolid. Extrañaban que una mujer escribiera sobre asuntos tan subidos en doctrina

y experiencia y tan novedosos para la vida religiosa. Con el gracejo que le caracteriza le escribe a la Madre María Bautista de Valladolid (Sevilla, 30 de diciembre de 1575. BAC Obras Completas-Epistolario pág. 726. Madrid 1963), como muestra de su estado de ánimo y resumen contundente: «No estamos para coplas».

En el breve fragmento que os he seleccionado podréis comprobar la discreción con que guarda silencio sobre lo más lamentable que le ha ocurrido «los más graves no pongo aquí». Se marcha de Sevilla lamentando la tristeza en que ha dejado a sus hijas después de un año de convivencia y aprendizaje de su camino de perfección. La fundación de Sevilla le ha costado padecer mucho: «ninguna me ha costado tanto como ésta, por ser trabajos, los más, interiores». Sólo un anhelo le consuela: «Plega a la divina Majestad que sea siempre servido en ella, que, con esto, es todo poco, como yo espero que será».

¿Qué le ha hecho sufrir tanto interiormente, a pesar de que ella siempre mostraba una serenidad y paz fuera de lo común? Una novicia que había sido expulsada del monasterio de San José de Sevilla le abre

un proceso en la Inquisición. Son acusaciones falsas pero que no dejan de contribuir a su descrédito y a sus grandes sufrimientos interiores, aunque su confianza en el Señor es tan grande que consuela a sus hijas quitando siempre hierro al asunto. Miren cómo se lo cuenta a la Madre María Bautista:

«Ahora se entenderá ser todo desatinos. Y tales eran los que decía por ahí: que atábamos las monjas de pies y manos y las azotábamos; y pluguiera a Dios fuera todo como esto. Sobre este negocio tan grave otras mil cosas, que ya vía yo claro que quería el Señor apretamos para acabarlo todo bien, y así lo hizo. Por eso no tengan pena ninguna, antes espero en el Señor nos podremos ir presto pasadas a la casa; porque los franciscos no han venido más, y que vengan tomada la posesión, es todo nada.» (Carta a la Madre María Bautista Priora de Valladolid, fechada en Sevilla el 29 de abril de 1576. BAC *Obras completas-Epistolario* pág. 733. Madrid 1963).

Las acusaciones son más duras aún. Teresa es acusada de inmoral y deshonesto. ¿Qué más querían oír los que tenían en sus mentes sospechas de contarla entre los alumbrados, «cáncer del misticismo» como ya he citado que con el pretexto de estar en relación directa con Dios eran habituales las más escandalosas inmoralidades? Fue todo desatinos. Quiero terminar, en rotundo contraste, con unas palabras de elogio que cinco años después de la muerte de Teresa escribió Fray Luis de León a la Madre Ana de Jesús quien le había encomendado la primera edición de las obras de la santa y que aparecieron en 1588 incluida la carta a modo de prólogo. Hasta entonces corrieron manuscritas pero no editadas. La carta es un prodigio y en algún otro momento volveré a comentarla. Su juicio contrasta con las miradas mezquinas que le acompañaron en vida e incluso después de su muerte:

«Dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son a mi parecer los que con más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen a Dios delante de los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras pega al alma fuego del cielo que le abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea sino para que no las estime ni precie, déjanla no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y (si se puede decir así) tan ansiosa del bien que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan». (*Obras completas* de Fray Luis de León BAC M 1969 pág 1314)

«No fue el Señor servido que siquiera oyese un día misa en la iglesia. Harto se les aguó el contento a las monjas con mi partida, que sintieron mucho, como habíamos estado aquel año juntas y pasado tantos trabajos, que como he dicho los más graves no pongo aquí; que, a lo que me parece, dejada la primera fundación de Ávila que aquí no hay comparación, ninguna me ha costado tanto como ésta, por ser trabajos, los más, interiores. Plega a la divina Majestad que sea siempre servido en ella, que, con esto, es todo poco, como yo espero que será. Que comenzó Su Majestad a traer buenas almas a aquella casa, que las que quedaron de las que llevé conmigo, que fueron cinco, ya os he dicho cuán buenas eran algo de lo que se puede decir, que lo menos es. De la primera que aquí entró quiero tratar, por ser cosa que os dará gusto». (*Fundaciones* 26.2)

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Octubre

Universal: Para que sea erradicada la trata de personas, forma moderna de esclavitud.

Por la evangelización: Para que con espíritu misionero, las comunidades cristianas del continente asiático anuncien el Evangelio a todos aquellos que aún lo esperan.

Noviembre

Universal: Para que nos abramos al encuentro personal y al diálogo con todos, también con quienes piensan distinto de nosotros.

Por la evangelización: Para que los pastores de la Iglesia, con profundo amor por su rebaño, acompañen su camino y animen su esperanza.



«Es muchísimo lo que está en juego»

Reproducimos el texto íntegro del llamamiento a los padres sinodales ante el próximo sínodo de las familias presentado en Roma el día 30 de septiembre con motivo del convenio internacional organizado por La Nuova Bussola, Il Timone e Infovaticana y que contó con las ponencias de los cardenales Burke y Caffarra, así como del Secretario de la Congregación para las Iglesias Orientales, Cyril Vasil, y el profesor Kampowski. Entre los firmantes se encuentran los cardenales Caffarra, Burke, Brandmüller, Sarah y Meisner, varios obispos, teólogos y periodistas.

ESTÁ claro que «la familia, el matrimonio nunca fue tan atacado como ahora», y que la cultura dominante y el poder que se ejerce a través de los medios de comunicación de masas «la familia se la bastardea como bueno, le pegan de todos lados y queda muy herida» (Papa Francisco, 25 de octubre de 2014). Esto ocurre sobre todo porque la familia –con su identidad, su responsabilidad educativa, sus fines– impide el control social de sus miembros, y es la institución que mayormente resiste al poder dominante.

Es muchísimo lo que está en juego por toda la humanidad: «Las tinieblas que hoy afectan a la misma concepción del hombre atacan en primer lugar y directamente la realidad y las expresiones que le son connaturales. La persona y la familia corren parejas en la estima y en el reconocimiento de su dignidad, así como en los ataques y en los intentos de disgregación. La grandeza y la sabiduría de Dios se manifiestan en sus obras. Con todo, parece que hoy los enemigos de Dios, más que atacar de frente al Autor de la creación, prefieren herirlo en sus obras. El hombre es el culmen, la cima de sus criaturas visibles. (...) Entre las verdades ofuscadas en el corazón del hombre, a causa de la creciente secularización y del hedonismo dominante, se ven especialmente afectadas todas las que se relacionan con la familia. En torno a la familia y a la vida se desenvuelve hoy la lucha fundamental de la dignidad humana» (Juan Pablo II, 3 de octubre de 1997). El ataque a la familia no es solamente un ataque cultural: es también social, económico, jurídico, doctrinal, e incluso sacramental. Por eso, su defensa requiere un Magisterio específico, fuerte y muy claro. Un Magisterio que vuelva a declarar los principios del derecho natural – que el Evangelio no elimina, sino perfecciona– y que oriente a los fieles católicos hacia la necesidad de defender la

familia por su responsabilidad hacia el bien común de la sociedad y de todos.

La profunda reflexión que la Iglesia está haciendo sobre la familia en este momento, con los dos Sínodos que a ella se dedican, va directo al asunto fundamental de este momento histórico. Sería un error aceptar las posiciones que las fuerzas que dominan hoy en el mundo (la ideología dominante anticristiana, la agresión de las sectas protestantes más radicales, las otras religiones) querrían que la Iglesia apoyara: estas fuerzas tienen la intención de reducirla a prácticas devocionales y caritativas, pero no le toleran en su pretensión de una propuesta global, que concierna la existencia del hombre en cuanto tal.

Hoy, para la sociedad es necesario, más que nada, que la Iglesia y los cristianos vivan la novedad de la familia cristiana y expresen sus profundas creencias o la doctrina que empapa la experiencia de la familia. «Lo que se nos pide es reconocer lo bello, auténtico y bueno que es formar una familia, ser familia hoy; lo indispensable que es esto para la vida del mundo, para el futuro de la humanidad. Se nos pide que realcemos el plan luminoso de Dios sobre la familia, y ayudemos a los cónyuges a vivirlo con alegría en su vida, acompañándoles en sus muchas dificultades». (Papa Francisco, Consistorio Extraordinario, 20 de febrero de 2014).

Por estos motivos les pedimos que el Sínodo exprese una nueva propuesta integrante de la tradición católica sobre los problemas de la vida, de la familia, de la educación, que permita que el pueblo cristiano de hoy profundice su propia identidad para cumplir con su misión de manera adecuada. Como Juan Pablo II nos recordaba, «así pues, en la base de todo el orden social se encuentra este principio de unidad e indisolubilidad del matrimonio, principio sobre el que se funda la institución



de la familia y toda la vida familiar» (Juan Pablo II, 4 de octubre de 1997). Esto implica también un juicio cultural sobre la mentalidad dominante, que permita ser cada vez más caritativos.

Les pedimos que superen la contraposición abstracta entre verdad y caridad, entre doctrina y pastoral, que no tiene ningún fundamento desde el punto de vista de la experiencia de la Iglesia, porque la verdad se expresa en el mundo como juicio sobre las posiciones y como caridad hacia las personas.

Les pedimos que incluyan todas las problemáticas particulares, las más dolorosas también, no como puntos totalizadores, sino como puntos que expresen la totalidad de la posición. En particular, no se puede pensar que la Iglesia suponga la equivalencia *de facto*, no solamente de derecho, entre una relación y una pareja heterosexual y una pareja homosexual, porque ésta podría parecer la subversión del derecho natural y del plan del amor de Dios, el Creador.

Les pedimos que en el Sínodo le den la justa importancia a la experiencia de familias que viven y atestiguan la belleza de un amor indisoluble, que sabe atraer e iluminar a muchas familias que viven en las tinieblas.

«Uno con una para toda la vida»

En este domingo nos sale al encuentro Jesucristo con su enseñanza sobre el matrimonio, fundamento de la familia según el plan de Dios. A Jesús le plantean el tema del divorcio, porque el hombre de todos los tiempos ha vivido este problema, y en nuestros días constituye una verdadera plaga. ¿Puede el hombre casarse con otra mujer, o la mujer con otro hombre? Jesús responde: No. Si se une a otro/a comete adulterio. Y amplía el horizonte: no sólo la mujer comete adulterio, también el varón, si se va con otro/a.

Algunos han tenido la osadía de proponer que la Iglesia suprima esta enseñanza de Jesús, como si la Iglesia pudiera hacer lo que quisiera, incluso contradiciendo la enseñanza de su Maestro. Pero la Iglesia no es dueña arbitraria, sino esposa fiel de su Señor. Y cuenta con la gracia de Dios para llevar a la práctica lo que parece imposible para los hombres, pero es posible para Dios.

Demetrio FERNÁNDEZ, obispo de Córdoba, Carta pastoral
«Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre»

La belleza de la familia

Reproducimos a continuación fragmentos del discurso del Santo Padre en la fiesta de las familias que tuvo lugar en el B. Franklin Parkway, (Filadelfia) en su viaje apostólico a Estados Unidos de América. (Sábado, 26 de septiembre de 2015)



CUANDO el hombre y su esposa se equivocaron y se alejaron de Dios, Dios no los dejó solos. Tanto el amor..., tanto el amor, que empezó a caminar con la humanidad, empezó a caminar con su pueblo, hasta que llegó el momento maduro y le dio la muestra de amor más grande: su Hijo. ¿Y a su Hijo dónde lo mandó? ¿A un palacio, a una ciudad, a hacer una empresa? Lo mandó a una familia. Dios entró al mundo en una familia.

Y pudo hacerlo porque esa familia era una familia que tenía el corazón abierto al amor, que tenía las puertas abiertas. Pensemos en María, jovencita. No lo podía creer: «¿Cómo puede suceder esto?». Y cuando le explicaron, obedeció. Pensemos en José, lleno de ilusiones de formar un hogar, y se encuentra con esta sorpresa que no entiende. Acepta, obedece Y en la obediencia de amor de esta mujer, María, y de este hombre, José, se da una familia en la que viene Dios. Dios siempre golpea las puertas de los corazones. Le gusta hacerlo. Le sale de adentro. ¿Pero saben qué es lo que más le gusta? Golpear las puertas de las familias. Y encontrar las familias unidas, encontrar las familias que se quieren, encontrar las familias que hacen crecer a sus hijos y los educan, y que los llevan adelante, y que crean una sociedad de bondad, de verdad y de belleza.

Estamos en la fiesta de las familias. La familia tiene carta de ciudadanía divina. ¿Está claro? La carta de ciudadanía que tiene la familia se la dio Dios, para que en su seno creciera cada vez más la verdad, el amor

y la belleza. (...) dificultades se superan con amor. El odio no supera ninguna dificultad. La división de los corazones no supera ninguna dificultad. Solamente el amor es capaz de superar la dificultad. El amor es fiesta, el amor es gozo, el amor es seguir adelante.

Quisiera marcar dos puntitos de la familia en los que quisiera que se tuviera un especial cuidado. No sólo quisiera, tenemos que tener un especial cuidado. Los niños y los abuelos. Los niños y los jóvenes son el futuro, son la fuerza, los que llevan adelante. Son aquellos en los que ponemos esperanza. Los abuelos son la memoria de la familia. Son los que nos dieron la fe, nos transmitieron la fe. Cuidar a los abuelos y cuidar a los niños es la muestra de amor –no sé si más grande, pero yo diría más promisorio– de la familia, porque promete el futuro. Un pueblo que no sabe cuidar a los niños y un pueblo que no sabe cuidar a los abuelos, es un pueblo sin futuro, porque no tiene la fuerza y no tiene la memoria que lo lleve adelante. La familia es bella, pero cuesta, trae problemas. En la familia a veces hay enemistades. El marido se pelea con la mujer, o se miran mal, o los hijos con el padre. Les sugiero un consejo: nunca terminen el día sin hacer la paz en la familia. En una familia no se puede terminar el día en guerra. Que Dios los bendiga. Que Dios les dé fuerzas. Que Dios los anime a seguir adelante. Cuidemos la familia. Defendamos la familia porque ahí se juega nuestro futuro. Gracias. Que Dios los bendiga y recen por mí, por favor.

Nuestra Señora de los Reyes, patrona de Sevilla

FERNANDO PUEYO TOQUERO

EN el año 1212 la Reconquista vivió un momento crucial: la Batalla de las Navas de Tolosa. Sin duda, el resultado de dicho enfrentamiento fue trascendental para el devenir de los enfrentamientos entre cristianos y musulmanes que ya duraban seis siglos. Las fuerzas combinadas de los reinos de Castilla, Aragón y Navarra lograron derrotar al ejército almohade y dejaron el camino expedito para la reconquista de la actual Andalucía.

Tras la muerte de Alfonso VIII, rey de Castilla, el trono pasó a su hijo Enrique I que, al morir sin descendencia dejó como regente a su hermana Berenguela (que a su vez era esposa del rey de León). Fruto de ese enlace nació Fernando III de Castilla, el cual sería canonizado por el papa Clemente X en 1671.

En la persona de Fernando III se unificaron definitivamente los reinos de Castilla y León, tras muchos años de separación y enemistad (no olvidemos que León no participó en la campaña de Las Navas de Tolosa e incluso la aprovechó para atacar a su vecino). Con renovado brío, el rey Santo continuó con la labor reconquistadora de su abuelo. En 1236 conquistó la ciudad de Córdoba, antigua capital de la España musulmana y en 1246, Jaén. Inmediatamente después, en 1247 comenzó los preparativos para conquistar Sevilla. Tras casi dos años de duros combates y un largo asedio, finalmente la ciudad más importante de la España musulmana volvió a ser cristiana el 23 de noviembre de 1248.

En esta continua sucesión de conquistas y victorias se adivina en Fernando III una fuerte voluntad

de reconquistar para la Cristiandad de aquellos territorios perdidos tras la invasión musulmana.

Como dice D. Jose María Sánchez de Muniain, «San Fernando es el español más ilustre de uno de los siglos cenitales de la historia humana, el XIII, y una de las figuras máximas de España; quizá con Isabel la Católica la más completa de toda nuestra historia política. Es uno de esos modelos humanos que conjugan en alto grado la piedad, la prudencia y el heroísmo; uno de los injertos más felices, por así decirlo, de los dones y virtudes sobrenaturales en los dones y virtudes humanos.

A diferencia de su primo carnal san Luis IX de Francia, Fernando III no conoció la derrota ni casi el fracaso. Triunfó en todas las empresas interiores y exteriores. Dios les llevó a los dos parientes a la santidad por opuestos caminos humanos; a uno bajo el signo del triunfo terreno y al otro bajo el de la desventura y el fracaso.

«San Fernando hizo gala de una gran piedad tanto en el ámbito privado como público. Como rey, ordenó la construcción de las catedrales de Burgos, Toledo y probablemente León. Como general, siempre procuró que hubiese sacerdotes y confesores en sus ejércitos que velaran por la honestidad y piedad de sus soldados. Además, las nacientes órdenes militares de dominicos y franciscanos encontraron en el santo rey protección y ayuda».

Fernando III fue un santo rey; es decir, un seglar, un hombre de su siglo, que alcanzó la santidad en su ejercicio de gobierno. Vinculada a esa profunda fe religiosa en San Fernando aparece su devoción a la Santísima Virgen. Cuenta la tradición que san



Virgen de los Reyes (Sevilla)

Fernando llevaba siempre en el arzón de su silla de montar una pequeña imagen de la Madre de Dios, la cual le acompañaba en sus expediciones. Esta imagen es la llamada «Virgen de las Batallas», que hoy en día se venera en la catedral de Sevilla. Precisamente, durante el asedio a esta ciudad es donde surge la advocación de Nuestra Señora de los Reyes.

Diferentes fuentes acerca del origen de dicha devoción

UNA de las fuentes dice que poco antes de conquistar Sevilla, el rey Fernando III estaba rezando en el campamento de Tablada cuando se adormeció y tuvo una visión. En dicha visión aparecía la Virgen con el Niño en brazos que le decía: «Te prometo que conquistarás Sevilla». Al despertar le contó la visión a su capellán, en aquel entonces el obispo Don Remondo. Y, efectivamente, al poco tiempo las tropas castellanas lograron entrar victoriosas en la ciudad cumpliéndose así lo prometido por la Virgen. Pasados los días, el rey en sus continuas oraciones no cesaba de acordarse de la visión que le anunció la victoria y para no olvidarla, pidió a los escultores de su corte que la esculpieran. Pero ninguno de ellos era capaz de reproducirla con exactitud. Tiempo más tarde, aparecieron en el Alcázar tres jóvenes vestidos de peregrinos provenientes de Alemania. Eran escultores que en su ruta de perfeccionamiento iban recorriendo toda Europa para mostrar su arte y a su vez aprender de las obras y escultores locales.

El rey Fernando acogió a los extranjeros con gran generosidad y magnificencia y ellos, como muestra de agradecimiento, quisieron hacerle un regalo. El regalo consistiría en una talla de la Virgen que el rey podría venerar en alguna de sus capillas. San Fernando acogió la idea con gran entusiasmo y los tres jóvenes se pusieron manos a la obra. Sin embargo, dijeron que no precisaban de nada excepto un salón donde pudieran trabajar sin ser vistos y sin que nadie les molestara.

Cuando los tres jóvenes estaban trabajando en el salón, una criada movida por la curiosidad se asomó para contemplar su trabajo. Cual no sería su sorpresa al ver que, en lugar de tallar la imagen se encontraban cantando plegarias en medio de un gran resplandor. Movida por el estupor, corrió rápidamente a contárselo al rey Fernando.

Cuando el rey santo llegó a la sala para comprobarlo por sí mismo, descubrió con estupor que los escultores habían desaparecido pero que sin embar-

go, encima de una mesa se encontraba la talla de la Virgen que en sueños había visto.

De los jóvenes escultores no quedó ni rastro, ya que no había puerta o ventana por la que hubieran podido huir sin ser vistos. Se dio cuenta el rey de que aquellos chicos eran ángeles y que le habían dejado ahí la imagen como regalo divino.

El obispo Don Remondo reconoció como milagro el suceso, ordenando que se colocara la imagen en la Capilla del Alcázar bajo el nombre de Nuestra Señora de los Reyes. Con el paso del tiempo San Fernando dejaría escrito que a su muerte fuese sepultado a los pies de la imagen tan querida para él, siendo finalmente trasladada la talla a la Capilla Real de la catedral de Sevilla, donde se encuentra actualmente.

Otras fuentes le otorgan a la Virgen de los Reyes un origen menos sobrenatural. Efectivamente, el estilo gótico de la imagen y algunos detalles de la talla (como las flores de lis que aparecen en los zapatos) hace pensar que posiblemente la talla fuera un regalo de San Luis, rey de Francia, a su primo San Fernando. Efectivamente, ambos reyes santos compartieron un hermoso amor filial por la Madre de Dios. Esta versión está recogida en el libro «Teatro de la Santa Iglesia de Sevilla» escrito en 1635 por Pablo Espinosa de los Monteros. El texto dice así:

«...Sin encarecimiento ninguno se puede decir de esta preciosa imagen que es la reina de todas las imágenes de España, la cual fue del glorioso San Luis, Rey de Francia, según consta de algunas historias francesas, el cual se la envió al Santo Rey Don Fernando, que era su primo hermano, cuando supo que venía a poner cerco a Sevilla (...) En los zapatos tiene flores de lises y cada una letras lombardas que dicen amor». Según esta tradición la Virgen de los Reyes sería la imagen que entró victoriosa en la ciudad de Sevilla tras la reconquista.

Sea cual sea el origen de la devoción, lo que está claro es que la Virgen de los Reyes desde muy pronto contó con el fervor popular. Su festividad es celebrada el 15 de agosto, siendo sacada en procesión la imagen entronada. Claro ejemplo de esa veneración es que en 1936 requetés procedentes de toda Andalucía formaron el Tercio de Nuestra Señora de los Reyes.

Nuestra Señora de los Reyes se cuenta entre las primeras advocaciones marianas de Andalucía, siendo la veneración a la Madre de Dios muy extendida posteriormente por todas las ciudades y pueblos reconquistados. Probablemente es de todas las herencias de san Fernando, la que más se perpetúa hoy en día en España.

Beatificación de tres religiosas mártires del Instituto de San José de Gerona

JOSÉ JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

«En 1936 en España el enemigo de Dios y de la humanidad entró en la mente y el corazón de algunos hombres con el veneno del odio y la destrucción, para anular a los que hacían el bien».

Cardenal Angelo AMATO, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos

LA nueva beata Fidela Oller tuvo siempre consigo la imagen del Niño Jesús con su Corazón en la mano, y enseñaba a sus jóvenes religiosas la invocación que repetía a menudo: «Sagrado Corazón de Jesús, confío que en vuestra misericordia me llevaréis al Cielo». La beata Josefa Monrabal Montaner manifestaba a sus compañeras: «¡Cuánto me gustaría ser mártir, ofrecer mi vida por la conversión de los pecadores y la salvación de España. Si es voluntad de Dios!». A su vez la beata Facunda Margenat Roura decía a la comunidad: «Quisiera dar la vida para que se conviertan esos pobres desgraciados que persiguen a Dios y a la Iglesia». Su ofrecimiento fue aceptado por el Rey de los Mártires quien les concedió el don que pedían.

Llegada la hora fijada en el reloj de Dios, el sábado 5 de septiembre de 2015 la santa madre Iglesia glorificaba a Fidela, Josefa y Facunda, religiosas del Instituto de San José de Gerona, declarándolas beatas mártires. Sus gozosas hijas las invocaron como «honra y gloria de nuestro Instituto».

«¿Por qué fueron asesinadas?»

POR delegación del Papa, procedió a la beatificación el cardenal Ángel Amato, Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, quien en su homilía calificó a las hermanas Fidela, Josefa y Facunda como «personas buenas... ue se habían consagrado a Dios para ayudar al prójimo en sus domicilios y en los hospitales. No hacían el mal, sino sólo el bien. No eran una amenaza para nadie», y se preguntó: «¿Por qué fueron asesinadas?»

Elevó su certera respuesta a causa preternatural: «en 1936 en España el enemigo de Dios y de la hu-

manidad entró en la mente y el corazón de algunos hombres con el veneno del odio y la destrucción, para anular a los que hacían el bien: padres y madres de familia, grandes y pequeños, sacerdotes, religiosas y también obispos». El cardenal afirmó que estas tres religiosas vencieron el mal con el bien: «La barbarie de los asesinos fue vencida por la caridad de las tres víctimas inocentes. Los nombres de los perseguidores se pierden en el olvido y el deshonor, mientras el de las consagradas se recuerda con respeto y veneración», y recalcó que «el martirio no se improvisa, y que ya antes de su sacrificio supremo las tres religiosas eran ejemplares y auténticas siervas de la caridad de Dios hacia los enfermos».

«Nuestras hermanas sufrieron persecución religiosa por quienes querían eliminar la religión y la Iglesia de toda España» (Sor Teresa Fernández, postuladora de la causa de beatificación)

LA postuladora sor Teresa Fernández declaró: «fueron mártires durante la Guerra Civil, pero no lo fueron a causa de la guerra sino a consecuencia de la persecución religiosa que se dio paralelamente... Nuestras hermanas sufrieron persecución religiosa por quienes querían eliminar la religión y la Iglesia de toda España». Explicó como la hermana Facunda, que rezaba por la conversión de quienes perseguían a Dios y a su Iglesia, fue denunciada, y como fueron a apresarla mientras velaba a un enfermo en su casa de la calle Mallorca 259, hoy hotel Condes de Barcelona. «Cuando se la llevaban para matarla cayó por las escaleras y se rompió la mandíbula y sangraba por la nariz. Abajo estaba la portera, que muy probablemente fue quien la denunció, pero

la hermana Facunda se despidió saludándola amablemente con la mano y sonriendo. Perdonándola». En la noche del 26 al 27 de agosto fue llevada a la carretera del hipódromo, situado entonces en la actual zona franca del puerto, donde apareció su cadáver, cuya foto fue reconocida en el Hospital Clínico, registrada en ficha con el número 3454.

Las hermanas Fidela y Josefa fueron asesinadas juntas. Su convento de Gandía fue ocupado por los milicianos y las expulsaron. La hermana Josefa se llevó a la madre Fidela con ella a su casa, pues era muy temerosa. Las localizaron, y aunque entonces sólo querían llevarse a sor Fidela, por ser la superiora, la hermana Josefa no la quiso dejar sola: «donde vaya la Madre voy yo». Tanta fue su insistencia que los milicianos se llevaron a ambas, diciendo a sor Josefa: «Correrás su misma suerte». Las metieron en un coche y las fusilaron en el término de Xeresa (Valencia). En el silencio de la noche del 29 de agosto de 1936 dicen que se oyó un grito de ¡Viva Cristo Rey!

«Que su heroico testimonio, hasta la efusión de la sangre, conceda fortaleza y esperanza a cuantos hoy son perseguidos por su fe cristiana.» (papa Francisco)

EL mensaje de fortaleza y esperanza de esta beatificación quedaba patente en las palabras del papa Francisco invocando a las tres mártires como ejemplo, recordándolo a toda la Cristiandad al día siguiente, domingo 6 de septiembre, en el Ángelus de la plaza de San Pedro: «Ayer en Gerona, en España, han sido proclamadas beatas Fidela Oller, Josefa Monrabal y Facunda Margenat, hermanas del Instituto de Religiosas de San José de Gerona, asesinadas por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. A pesar de las amenazas e intimidaciones, estas mujeres permanecieron valientemente en su lugar para asistir a los enfermos, confiando en Dios. Que su heroico testimonio, hasta la efusión de la sangre, conceda fortaleza y esperanza a cuantos hoy son perseguidos por su fe cristiana.»

La beatificación por la Iglesia de estas tres religiosas, gloria de su patrono san José

La glorificación de sus tres hijas mártires muestra el creciente protagonismo del santo patriarca san José en la misión encargada por su hijo Jesús de proteger a su Iglesia y a sus devotos en tiempos de tribulación.

El Instituto de Religiosas de San José de Gerona fue inspirado por la Providencia en 1870 a María Gay Tibau, una mujer piadosa y humilde, alegre y entusiasta, nacida en una aldea de la costa catalana, y que a la muerte de su padre tuvo que trasladarse a Gerona, donde durante 20 años sirvió en el hogar y consulta de un médico de la ciudad.

Ante la penosa situación de los enfermos en sus casas, y la deplorable atención que recibían en míseros hospitales locales, sintió la llamada de Dios a dedicar su vida a cuidarles, viendo en cada uno de ellos al propio Jesús que, agradecido la bendecía, «porque estaba enfermo y me visitaste». Su ejemplo atrajo a un grupo de seguidoras, y el 29 de junio de 1870, María y sus compañeras empezaron a recorrer día y noche las calles de Gerona para asistir y velar a los enfermos, por lo que eran conocidas como «*Les vetlladores*».

Pero María se preguntaba: ¿cómo aliviar el dolor y sembrar la paz en el corazón de los enfermos sin contar con medios ni recursos sanitarios? Con su presencia junto al enfermo «velándolo» de día y de noche suplía su abandono, pero veía que no era suficiente... Recibió de lo alto la respuesta: María y sus compañeras tendrían como misión el transparentar el amor misericordioso de Jesús en los enfermos y necesitados, sobre todo, dándoles paz, haciéndoles descubrir a Cristo y preparándolos para la recepción de los sacramentos. Así lo enseñó a sus hijas, persuadiéndolas de que lo fundamental era dejarse llenar del Espíritu de Dios, que les haría ver a Cristo en el enfermo. El 12 de julio del 1870 el obispo de Gerona Mons. Bonet les reconocía como obra diocesana y les fijaba un reglamento provisional, que sería concretado en posteriores constituciones: «La misión apostólica del Instituto consiste en el ejercicio de la caridad para con los enfermos, prestándoles asistencia espiritual y corporal». (art.3)

Por qué María Gay puso su instituto bajo la advocación de San José

MARÍA Gay era humilde, jovial y alegre. No tenía patrimonio ni influyentes relaciones sociales, por lo que puso su proyecto en manos del santo patriarca San José, quien para su altísima misión de ser padre de Cristo en la tierra tampoco dispuso de apoyos humanos, fuera de su esposa la Virgen María. El beato papa Pío IX acababa de nombrarle patrono de la Iglesia universal, y confiando como él sólo en la Providencia de Dios, le encomendó cuidara su naciente obra, poniéndole su nombre como distintivo de su carisma. María Gay quiso asemejarse a Cristo siguiendo el ejemplo de san José de manera sencilla y oculta, y a imitación suya enseñaba a sus hijas que el silencio es el medio más eficaz para hacer bien la oración y las actividades ordinarias. Como su Patrón, después de su muerte, su figura estuvo aparentemente velada y escondida, hasta que el 9 de diciembre de 2013 el papa Francisco proclamaba sus virtudes heroicas y le otorgaba el título de venerable.



Momento en que tras la declaración de beatificación se desveló la imagen de las tres nuevas beatas

La confiada relación de María Gay con san José marcó desde los orígenes la espiritualidad popular y sencilla del Instituto, teniéndolo siempre como poderoso protector y acudiendo a él de manera especial en los momentos difíciles. María murió con la sencillez y humildad con que vivió, precisamente en la vigilia de su santo patrón y protector san José, el 18 de marzo de 1884, tal como había advertido: «Pasaré la fiesta de san José ya en el Cielo».

La memoria de sus hermanas mártires ha permanecido viva en su Instituto de Religiosas de San José de Gerona, que ya en 1939 editaban estampas con una reproducción de las tres mártires con sus palmas, y la siguiente oración: «¡Glorioso Patriarca san José! Te suplicamos que por tu poderosa intercesión y la de tu Inmaculada Esposa la Virgen María, nos alcances del Señor, a quien tan santamente serviste, la gracia de que nuestras hermanas Fidela, Josefa y Facunda, flores escogidas del Instituto puesto bajo vuestra protección, que ofrecieron generosamente sus vidas en testimonio de su fe y amor de Dios, sean glorificadas con la aureola del martirio».

Y en 1974, en la publicación del centenario de su fundación, se escribía: «Bajo la florida vara de san José, nuestro querido Padre y Patrón, se alzan las palmas de nuestras hermanas mártires por Cristo... quien les dio la gracia de afrontar los sufrimientos y la muerte con alegría, al grito de ¡Viva Cristo Rey!». Por ello, al final de la ceremonia, tras la Salve Regina, fieles a su carisma fundacional, sus hijas

quisieron clausurar la solemne beatificación de sus tres hermanas mártires glorificando a su patrón san José con el canto de su himno, pautado en el libreto oficial y entonado por la multitud que abarrotaba la catedral de Gerona.

«San José, patrón de este Instituto,
con fe viva pedimos tu favor,
imitarte es la ruta que seguimos,
no nos niegues, José, tu protección.

A Dios mismo serviste en el silencio,
como humilde artesano en Nazaret,
y tu gloria es ser el hombre justo,
que en la Virgen confirmó su fe.

De Jesús fuiste velo aquí en la tierra,
ocultando su divinidad,
y en el Cielo eres rayo que ilumina,
a la Iglesia en su peregrinar.

¡Oh José, patrón de nuestra Iglesia!,
ruega siempre por la grey de Dios,
eres padre y modelo de los hombres,
que en Jesús han puesto el corazón.»

El domingo 6 de septiembre en Gandía, lugar de martirio de las beatas Fidela y Josefa, y diócesis que ha tramitado el proceso, se celebraría una misa de acción de gracias.



Pequeñas lecciones de historia

Dios busca a Teresa (IV): el mundo sigue atrayéndola

GERARDO MANRESA

TRAS tres años de enfermedad, entre ellos cuatro días de cuerpo presente, en los que estuvo a punto de ser enterrada, Teresa se transformó en la gran noticia del monasterio de la Encarnación y todo Ávila quería pasar a verla a través del locutorio.

Al principio ella se conformaba en bajar respondiendo a las preguntas que le hacían con los ojos bajos, confundida por llamar la atención y deseosa de recobrar la soledad para continuar con sus rezos. Pero poco a poco pasó a querer menos la celda y confundió la caridad cristiana con las ganas de agradar. Tenía un corazón agradecido y ¿cómo iba ella a defraudar a los amables visitantes que venían a visitarle y que al mismo tiempo le traían noticias interesantes? Su simpatía y su conversación y, también sus encantos, hacían que los visitantes quedaran encantados, pero con un añadido fundamental, que en sus años de enfermedad, gracias a sus muchas lecturas, a sus meditaciones y a sus padecimientos había adquirido un juicio sólido, que también encandilaba a sus admiradores.

Era de buen tono tratar temas de alta devoción en el locutorio de la Encarnación, comparando métodos de hacer oración con Osuna, Laredo y los de la nueva Compañía fundada por san Ignacio. Todo ello le interesaba a Teresa y cada vez se encontraba mejor entre aquel coro de admiradores. Una de las personas que obtuvo gran provecho de estas conversaciones fue su padre D. Alonso que se transformó en un hombre de profunda oración, primero lo visitaba solo y después de algún tiempo la visitaba también con el coro de admiradores. D. Alonso observó que Teresa se entretenía mucho con ellos y una vez finalizada la conversación piadosa continuaba conversando de temas profanos. Un día la encontró sola y se lo reprochó. Ella no le negó que espiritualmente estaba muy fría reconociéndole que no hacía oración, poniendo como excusa su poca salud: «Harto hago en poder servir en el coro», le dijo. D. Alonso se entristeció y acabó por reducir drásticamente sus visitas al monasterio. Cuenta Teresa: «Como yo le gastaba (el tiempo) en otras vanidades, dábame poco (mi padre)».

El gusto de encontrar a los amigos para charlar en el locutorio, las distracciones que le asaltaban en los momentos de piedad, los largos períodos de sequedad espiritual, la impaciencia con la que esperaba el final de los oficios contrastaba con su ideal de fervor, de modo que creyó que todo estaba perdido hasta el punto que no se atrevía a enfrentarse con Dios. Así renunció a todo lo que había aprendido en el *Tercer Abecedario*. Exteriormente

parecía una monja modélica, pero interiormente no tenía relación con Dios: «Parecíame era mejor andar con los muchos, pues en ser ruin era de las peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oración mental y tanto trato con Dios la que merecía estar con los demonios, y que engañaba a la gente, porque en lo exterior tenía buenas apariencias».

Teresa iba a encontrar ayuda en el lecho de su padre moribundo. Finalizando 1543, Teresa volvió a su casa para cuidar a su padre muy enfermo. «Fuíle yo a curar, estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de manera que estuviese en pecado mortal en este período más perdido que indigno».

En la casa paterna pudo meditar lo ocurrido en el tiempo transcurrido desde su salida de aquella y, sobre todo, le ayudó la mirada del anciano padre que volvía hacia ella sus ojos intentando que le comprendiera y reformara su vida. Teresa, que se creía tan alejada de Dios no dejó de traer a su padre consuelo y paz: «Padre, tú tienes devoción a Jesús con la cruz a cuestas. ¿No crees que su Majestad quiere darte parte en sus dolores cuando llevaba su cruz?». Murió muy cristianamente.

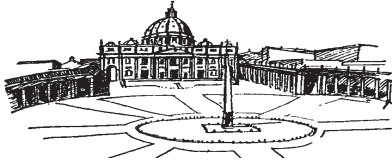
El padre Vicente Barrón, que asistió al moribundo, confesó a Teresa. Era un espíritu sereno, exigente y preciso. Ella le contó su estado de abandono espiritual en que se encontraba y le dijo que desde hacía tiempo no hacía oración. Las directrices que este dominico le dio eran muy claras y no dejaban lugar a las dudas y a los escrúpulos:

1.- Comulgar cada quince días.

2.- Reanudar la oración en cualquier circunstancia, pues siempre causa bien.

De esta forma la Teresa de Ahumada volvió a dejar paso a Teresa de Jesús. Nunca debía dejar la oración, la enferma no puede estar sin su remedio.

«Comencé a tornar a ella aunque no a quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasé una vida trabajosísima, porque en la oración entendía más mis faltas». Esto es lo que aquel maestro del espíritu había visto en Teresa. «Por una parte me llamaba Dios; por otra yo seguía al mundo. Parecía que quería concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno del otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales». Esta fue la gran lucha de Teresa durante muchos años, el mundo le atraía con una atracción que ella no era capaz de resistir y ella, débil, se dejaba arrastrar, aunque era consciente que detrás le estaba esperando aquel que nunca se cansa de esperarnos. Pero una cosa le mantenía la esperanza: siempre «ya estuvo arrimada a esta fuerte columna de la oración».



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Continúan las beatificaciones de mártires de la persecución religiosa española

EN este caso le ha tocado el turno a dieciséis monjes cistercienses del monasterio de Santa María de Viaceli de Cóbreces (Santander) y a dos religiosas, también cistercienses, del monasterio de Fons Salutis de Algemés (Valencia), que se suman a los 1527 mártires ya beatificados hasta ahora.

Durante la ceremonia, que tuvo lugar el pasado 3 de octubre y congregó a una gran multitud de fieles que se acercaron a la catedral de Santander para dar un testimonio vivo de su fe en Cristo, el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, recordó que «los mártires del siglo xx en España fueron personas con la misma talla espiritual que los mártires de los primeros siglos. Fueron cristianos que, llegada la hora de la verdad, prefirieron morir antes que traicionar su fe. En su corazón, el amor, fue más fuerte que la muerte. En aquel periodo, España, país de alta civilización humana y cristiana, fue oscurecida por una tempestad de odio tan pasional que superó por intensidad y por sádica frialdad a las contemporáneas e igualmente sangrientas persecuciones que hubo en Méjico y en la Unión Soviética. Fue un periodo de dolorosa desolación. (...) Por eso hoy, antes de que la nube del tiempo cancele las huellas de nuestros mártires, la Iglesia trata de recordar y celebrar su heroísmo como herencia preciosa de civilización y de auténtica humanidad. Sus nombres no están escritos sobre arena, sino en el corazón de Dios». Con la celebración de hoy son ya 1544 los mártires de España beatificados hasta ahora. Otras causas están en proceso. Se trata de un verdadero holocausto cristiano. Estallada la persecución, el monasterio de Cóbreces, que entonces contaba con unas sesenta personas fue invadido por los milicianos en busca de armas. Los revolucionarios confiscaron todos los ornamentos sacros, destruyendo y saqueando cuanto encontraron de precioso y útil. Los monjes, después de un periodo de detención, de interrogatorios, de humillaciones y de torturas, fueron todos matados en circunstancias y tiempos diferentes a partir del verano de 1936 hasta final de diciembre del mismo año. ¿Quiénes eran estos mártires de Cristo? Eran religiosos sin ideologías partidistas, deseosos sólo de servir al Evangelio y de edificar al Pueblo de Dios con la oración, el trabajo y el recogimiento. Eran mansos, inofensivos. (...)

Después del estallido de la revolución, el 18 de julio de 1936, los monjes de Viaceli entraron en un periodo de total inseguridad para su existencia. El reino del terror había calado sobre su oasis de paz como una nube negra que preanunciaba una tormenta devastadora. Los religiosos advirtieron que la hora del martirio se acercaba y se prepararon. Fueron de hecho perseguidos, encarcelados y matados como malhechores. Su único pecado era el testimonio de una vida contemplativa, toda consagrada al Señor y a la ayuda del prójimo necesitado. En la dulce y amable tierra española había llegado la hora del anticristo. El 22 de julio de 1936, así dice un informe del alcalde de Alfoz de Lloredo, un grupo de milicianos rojos entran armados en el monasterio; insultan, registran, ponen en el muro algunos religiosos y simulan su fusilamiento. Los monjes, de esta forma, fortalecieron su ánimo conscientes del martirio inminente. En la noche, entre el 3 y 4 de diciembre de 1936 el grupo más numerosos de monjes fue tirado al mar en la bahía de Santander. Entre ellos estaba el padre Pío Heredia, ahogado como los otros con las manos atadas y con la boca cosida con hilo de hierro porque continuaban orando. Sus cadáveres, horrendamente desfigurados, se encontraron en la playa después de algunos días o incluso meses. Las ejecuciones tenían lugar de noche, significando que eran el producto del rey de las tinieblas. En todo caso los religiosos habían recibido una sólida formación al martirio, disponiéndose a aceptar con serenidad de espíritu la persecución y la muerte por amor de Cristo, y perdonando a sus verdugos».

Comienza el Sínodo general de los obispos sobre la familia

COMO antesala al inicio del Sínodo general de los obispos, el sábado 4 de octubre el papa Francisco presidió una vigilia de oración en la plaza de San Pedro ante miles de fieles en la que invitó a orar por el buen fruto de los trabajos del Sínodo, recordando que para entender hoy a la familia debemos entrar en el misterio de la Familia de Nazaret, en su vida escondida, cotidiana y ordinaria, como es la vida de la mayor parte de nuestras familias, con sus penas y sus sencillas alegrías.

Este ambiente de oración tendrá continuidad a largo de las tres semanas que durará el Sínodo con

el rezo del rosario y la celebración diaria de la Santa Misa. Además, con ocasión de la canonización, el día 18, de Louis Martin y Zélie Guérin, padres de santa Teresa de Lisieux, los reliquias de la patrona del Apostolado de la Oración y de sus padres serán expuestas para su veneración en la capilla de Nuestra Señora Salus Populi Romani, devoción mariana a la que el papa Francisco ha encomendado los frutos de los trabajos sinodales y las familias de todo el mundo.

El lunes 5 de octubre se reunió la primera congregación general de la XIV asamblea de los obispos, dedicada al tema de «La vocación y la misión de la familia en la Iglesia y en el mundo contemporáneo», en la que el Santo Padre saludó a los participantes y les animó a revestirse de coraje apostólico, de humildad evangélica y de oración confiada: «el coraje apostólico que no se deja asustar frente a las seducciones del mundo que tienden a apagar en los corazones de los hombres la luz de la verdad sustituyéndola con pequeñas y temporáneas luces y de frente al endurecimiento de algunos corazones que, no obstante, las buenas intenciones, alejan a las personas de Dios. (...) La humildad evangélica que sabe vaciarse de las propias convicciones y prejuicios para escuchar a los hermanos obispos y llenarse de Dios. (...) La oración confiada es la acción del corazón cuando se abre a Dios, cuando se silencia todos nuestros estados de ánimo para escuchar la suave voz de Dios que habla en el silencio».

A continuación, el cardenal Lorenzo Baldisseri, Secretario General del Sínodo, explicó cuáles eran las modalidades de esta Asamblea Ordinaria, desde el tiempo a disposición para la intervención de los Padres en el aula, hasta el mayor espacio concedido a los círculos menores donde el debate será más intenso, al igual que la importancia concedida a las intervenciones de los cónyuges y las relaciones de los participantes en el Sínodo con los medios de comunicación. En su disertación, el cardenal Baldisseri recordó también que «el Sínodo de los obispos actúa *cum Petro et sub Petro*, cabeza y custodio de la única grey de Cristo» y acabó invitando a orar por la asamblea sinodal, encomendándonos a María, Madre de la Iglesia y Reina de la Familia.

El papa Francisco visita Cuba y Estados Unidos de América

DEL 19 al 28 de septiembre el Santo Padre realizó un nuevo viaje apostólico, surgido de la iniciativa de participar en el VIII Encuentro Mundial de las Familias en Filadelfia. Este «núcleo originario» se amplió más tarde a una visita a Estados Unidos de América y a la sede central de

las Naciones Unidas, y luego también a Cuba, que se convirtió en la primera etapa del itinerario.

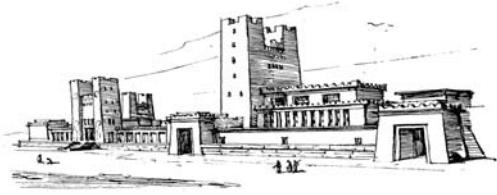
«Misionero de la Misericordia»: así se presentó el papa Francisco en Cuba, una tierra rica de belleza natural, de cultura y de fe. «Símbolo de esta unidad profunda del alma cubana es la Virgen de la Caridad del Cobre, que precisamente hace cien años fue proclamada patrona de Cuba. Fui como peregrino al santuario de esta Madre de esperanza, Madre que guía en el camino de justicia, paz, libertad y reconciliación».

Con un paso caracterizado de emblemático, el Papa se trasladó de Cuba a Estados Unidos de América donde realizó tres etapas: Washington, Nueva York y Filadelfia. En Washington se reunió con las autoridades políticas, la gente sencilla, los obispos, sacerdotes y consagrados, los más pobres y marginados, recordando que la riqueza más grande de ese país y de su gente está en el patrimonio espiritual y ético fundamentado en la convicción de que todos los hombres son creados por Dios iguales y dotados de inalienables derechos. Allí, y como ejemplo de que sólo en el Evangelio encuentran dichos derechos su plena realización, el Santo Padre canonizó a fray Junípero Serra, franciscano mallorquín y gran evangelizador de California en el siglo XVIII.

En Nueva York el Papa visitó la sede central de la ONU. Y al hablar a los representantes de las Naciones, siguiendo los pasos de sus predecesores, renovó el aliento de la Iglesia católica a esa institución y a su papel en la promoción del desarrollo y de la paz, recordando en especial la necesidad del compromiso concorde y real para el cuidado de la creación. Recordó también el llamamiento a detener y prevenir las violencias contra las minorías étnicas y religiosas y contra las poblaciones civiles.

Tanto en Washington como en Nueva York el Santo Padre se reunió con algunas realidades caritativas y educativas emblemáticas en el enorme servicio que las comunidades católicas –sacerdotes, religiosas, religiosos, laicos– ofrecen en estos ámbitos.

Vértice del viaje fue el Encuentro de las Familias en Filadelfia, donde el horizonte se amplió a todo el mundo, a través del «prisma», por así decirlo, de la familia. «La familia, es decir la alianza fecunda entre el hombre y la mujer, es la respuesta al gran desafío de nuestro mundo, que es un desafío doble: la fragmentación y la masificación, dos extremos que conviven y se apoyan mutuamente, y juntos sostienen el modelo económico consumista. La familia es la respuesta porque es la célula de una sociedad que equilibra la dimensión personal y la dimensión comunitaria, y que al mismo tiempo puede ser el modelo de una gestión sostenible de los bienes y de los recursos de la creación».



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Suicidio asistido: lecciones del Parlamento británico

Lo que ha sucedido en Londres con el rechazo del Parlamento británico a la ley de suicidio asistido (nótese que en vez del equívoco término «eutanasia» se usa el más real «suicidio») el pasado mes de septiembre es un hecho de gran relevancia. En efecto, la proposición de ley, que había sido introducida a título personal por el laborista Rob Marris y que abogaba por legislar para dar opción a los enfermos terminales a morir con «dignidad» fue rechazada en primera lectura tras un intenso y enjundioso debate. La ley, en caso de haber sido aprobada, habría facultado a los médicos a prescribir una dosis letal a los pacientes con una perspectiva de vida de menos de seis meses que lo hubieran solicitado.

Seguramente es la propia trascendencia de la votación la que ha provocado que la mayoría de los medios de comunicación se hayan hecho poco eco (pareciera que su función, más que informar, fuera distraer de lo importante y adoctrinar en un determinado sentido).

El motivo por el que esta votación es relevante es porque ha roto, ha quebrado, el discurso de los defensores de la agenda progre que sostiene que este tipo de leyes forman parte de un «progreso» ineluctable, imparabile, ante el que no podemos resistirnos. El camino de emancipación del hombre de todo límite, de toda naturaleza, no puede detenerse, y esto incluye que el Estado nos ayude a suicidarnos (o nos suicide directamente en determinadas circunstancias que, claro está, os anunciarán que serán muy excepcionales). Este es el discurso, ésta es la narrativa, y hasta ahora les ha funcionado de maravilla.

Es lo que llevamos décadas viviendo en España. Los roles, perfectamente complementarios, están bien definidos. Unos asumen el papel rompedor e impulsan nuevas leyes en este sentido (aborto, eutanasia, suicidio asistido, ideología de género, matrimonio entre personas del mismo sexo...). Los otros estabilizan la situación, consolidando el nuevo marco y haciéndolo digerible para una mayoría de la población, reacia inicialmente a tragar con esa supuesta «conquista» social. Hasta la nueva oleada, que llegará tarde o temprano, y que implica la asun-

ción generalizada de que la anterior y es intocable. Precisamente el líder socialista Pedro Sánchez ya nos avisa de que el nuevo empujón se jugará en este campo de la «eutanasia».

Los promotores británicos del suicidio asistido presentaron la nueva ley como inevitable: nadie, en pleno siglo XXI, puede oponerse al «derecho a morir» y, si aún hay unos pocos reaccionarios que no se han enterado, es porque están en el «lado equivocado de la historia», argumentaban. Pero este discurso de inevitabilidad histórica se ha hecho añicos gracias a los 330 miembros del parlamento británico que con sus votos han rechazado la ley, apoyada sólo por 118 diputados. No, Gran Bretaña, ni ningún país, está obligado a seguir el camino que los progres han prescrito como necesario.

Una lección que no deberíamos olvidar nunca.

Crisis en Europa por la llegada masiva de «refugiados» de Oriente Medio

El intento de cientos de miles de personas, que en teoría huyen de la guerra en Siria, de cruzar la frontera y acceder a la Unión Europea, donde solicitan derecho de asilo, ha conmovido a la opinión pública, en especial después de la muerte de un niño, ahogado, tras naufragar el bote en el que viajaba junto con otros «refugiados». El Papa se ha hecho eco de esta trágica situación y ha pedido que los europeos tengamos una actitud de generosa acogida ante esta excepcional avalancha humana.

Una primera pregunta surge: ¿por qué ahora? Lo cierto es que el éxodo de refugiados sirios lleva ya años despoblando aquel país tras cuatro años de conflicto. Hasta el momento la mayoría de refugiados se habían instalado en Turquía hasta llegar a una cifra de un millón y medio de sirios en aquel país. Tal magnitud se ha traducido en fuertes tensiones con la población local turca, con el consiguiente desgaste para el partido en el gobierno, que no ha podido renovar su mayoría parlamentaria en las elecciones generales del pasado mes de junio. Ante la imposibilidad de formar gobierno estable, el presidente turco Erdogan ha convocado nuevas elecciones para el próximo mes de noviembre, en las que espera mejorar sus resultados gracias al en-

durecimiento de su postura respecto a los refugiados sirios: su propuesta de trasladarlos a campos de refugiados en el norte de Siria y su política de no frenar a quien quiere abandonar el país son la causa de la huida masiva con destino Europa que estamos viviendo.

En esta avalancha humana, como ocurre en todo fenómeno masivo, hay de todo: verdaderos refugiados sirios, pero también iraquíes, afganos y hasta paquistaníes que quieren aprovechar para entrar en Europa, así como yihadistas infiltrados, algo que cada vez es más notorio. De hecho, las imágenes nos hablan no de personas que han huido con lo puesto, sino de «clases medias», con teléfonos móviles de última generación y con conocimientos básicos del idioma inglés (los más pobres no escapan ni siquiera cuando caen las bombas, pues carecen de los medios y no saben dónde y cómo huir). Por otra parte, los últimos datos hablan de que aproximadamente solo la mitad de los «refugiados» son realmente sirios y de que un 72% del total son hombres (por un 15% de mujeres y un 13% de niños).

Ahora que está más clara la naturaleza del fenómeno podemos plantearnos la cuestión moral ante la que nos enfrentamos. Como cristianos, pero incluso desde la ley natural, es un deber moral acoger a aquellos que se ven obligados a abandonar su propia tierra a causa de una situación que de forma objetiva pone en peligro sus vidas o sus más elementales derechos, muy especialmente el de profesar libremente la verdadera religión, como es el caso de numerosos cristianos sirios. En este sentido van las palabras del papa Francisco. Por otra parte resulta también evidente que lo que es de aplicación a los refugiados no lo es para aquellos que emigran sin que medie guerra alguna; menos aún cuando se tratan de personas que buscan acabar con los países de acogida, como es el caso de las personas de ideología islamista. Los conflictos entre «refugiados» una vez acogidos en Europa a los que estamos asistiendo, con musulmanes hostigando a cristianos, yazidíes y otras minorías, han hecho saltar todas las alarmas y el mismo Papa ha advertido sobre el derecho de los estados de acogida a negar la entrada a potenciales terroristas. Y es que, junto al deber moral de acogida que antes señalábamos, existe el deber de los estados de asegurar la paz, el orden público y de preservar los rasgos que definen a la comunidad de acogida. Tal y como sostuvo el nuncio apostólico ante Naciones Unidas en Ginebra, monseñor Silvano Tomasi, «La acogida, la generosidad es un deber, pero se debe encontrar un punto de equilibrio para tutelar también a la población que acoge y, sobre todo, debe respetarse el derecho de los países a mantener su propia identidad». Y añadía que otro elemento a tener en cuenta es el deber de los acogidos de integrarse, haciendo referencia implícita a los musulmanes.

En estas situaciones, complejas, siempre es bueno escuchar a quienes están directamente implicados. ¿Qué dicen los obispos de las zonas de donde son originarios la mayoría de los refugiados? El patriarca melquita Gregorio III Laham no puede ser más claro cuando afirma que: «el punto central no es acoger y albergar a los refugiados, sino acabar con el conflicto desde su raíz [...] Esto es lo que esperamos: la paz, no palabras sobre migrantes y discursos sobre acogida». No es una voz aislada, sino lo que vienen repitiendo desde hace años los obispos sirios e iraquíes que contemplan cómo la irresponsable política estadounidense empeñada en derrocar a Bashar el Assad ha provocado el nacimiento y expansión del Estado Islámico y ha sumido a la región en una devastadora guerra de la que no se vislumbra el final. Las reiteradas peticiones de una intervención militar para acabar con el EI y el frente Al Nusra han caído hasta ahora en saco roto, aunque parece que Rusia sí está decidida a combatir sobre el terreno a estos poderosos grupos yihadistas.

Estrepitoso fracaso de los planes de Barack Obama

ACABAMOS de señalar la vinculación de la desastrosa política estadounidense impulsada por Barack Obama en Oriente Medio con la avalancha de «refugiados» que pretenden instalarse en Europa. No se trata de un juicio sin fundamento, al contrario, se podrían aportar numerosos datos al respecto. Baste por el momento con lo reportado en el New York Times del pasado 17 de septiembre. La información, que firma Helene Cooper, dice así: «Solo cuatro o cinco individuos sirios entrenados por militares estadounidenses para enfrentarse al Estado Islámico continúan combatiendo, explicó el jefe del Comando Central de los Estados Unidos a una comisión del Senado, una descarnada confesión de que los 500 millones de dólares del programa del Departamento de Defensa para crear un ejército de sirios que combatieran al Estado Islámico se han esfumado. El general Lloyd J. Austin III, máximo comandante norteamericano en Oriente Medio, también reconoció que los Estados Unidos no conseguirían su objetivo de entrenar a 5.400 sirios en un futuro inmediato».

El fracaso es pues estrepitoso, de una dimensión difícil de imaginar: de más de cinco mil han quedado cuatro o, en el mejor de los casos, cinco: quinientos millones de dólares se han evaporado (o mejor, han ido a parar a manos del Estado Islámico, del Frente Al Nusra o de señores de la guerra locales). Un «éxito» más a sumar a la larga estela de esa nulidad internacional que responde al nombre de Barack Obama.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

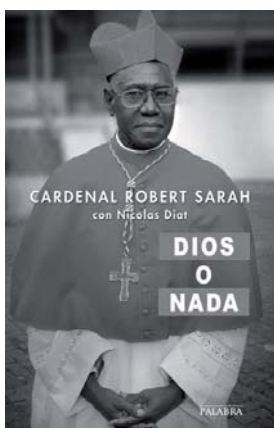
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

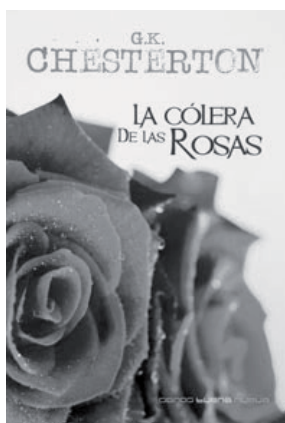
Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:



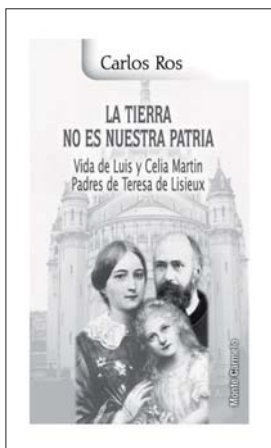
Dios o nada.

Autor: Cardenal Robert Sarah
Editorial: Palabra
352 páginas
Precio: 19,50 €
En esta entrevista amplia y variada, autobiográfica y doctrinal, el cardenal Sarah aborda con altura y franqueza los grandes temas eclesiales de la actualidad: desde la misión de la Iglesia, la evangelización, la liturgia o la oración, al celibato sacerdotal, las vocaciones, la lucha contra la pobreza o las más candentes cuestiones en torno a la familia y al matrimonio.



La cólera de las rosas

Autor: G.K. Chesterton
Editorial: Signos Buena Nueva
100 páginas
Precio: 12,80 €
Este volumen contiene diez magistrales ensayos de Chesterton, lúcidas e incisivas reflexiones que abarcan prácticamente todos los ámbitos del pensamiento, y discurren, con ironía y acidez, entre la literatura, la condición humana, la memoria o los sueños, y el más profundo pensamiento filosófico.



La tierra no es nuestra patria

Autor: Carlos Ros
Editorial: Monte Carmelo
308 páginas
Precio: 18,00 €
Luis y Celia Martin, padres de santa Teresa de Lisieux, se muestran unos santos cercanos al común de los mortales. No son consagrados, ni célibes, sus vidas están tejidas por el trabajo —él de relojero, ella de encajera—, vida de familia numerosa, pertenecientes a asociaciones parroquiales, vecinos de sus vecinos. Luis y Celia han sido santos en la humilde realidad de sus vidas, con una sencilla fe sustentada en la oración en familia, en la educación de sus hijas, la misa diaria, las lecturas piadosas, el amor a Dios y al prójimo y la fidelidad a la Iglesia.



La multiforme sabiduría de Dios. Ejercicios espirituales con san Juan Pablo II

Autor: Giacomo Biffi
Editorial: BAC Popular
216 páginas
Precio: 14,50 €
«En 1989, del 12 al 18 de febrero, fui llamado a predicar los Ejercicios espirituales en el Vaticano. Tener entre los “ejercitantes” que escuchaban con humildad y paciencia mis reflexiones, no sólo a los cardenales y a los prelados de la curia, sino también al papa Juan Pablo II fue ciertamente una experiencia insólita y emocionante en sí misma, que creo que fui capaz de afrontar con sencillez».

CONTRAPORTADA

Se trata de expulsar a Dios de la sociedad

En España, desde la transición política, el secularismo se ha manifestado como laicismo y relativismo moral. Con ello ya no se trata de expulsar a Dios del Estado; sino expulsarlo de la sociedad, del modo de entenderse el hombre, de la ética y de la vida social. Con este fin se han configurado las nuevas leyes que proclaman nuevos derechos humanos como el aborto, la eutanasia, la anticoncepción, la reproducción asistida; el divorcio exprés, la entronización de la ideología de género en el ámbito educativo y en la sanidad, la demolición del matrimonio con la equiparación al mismo de las uniones de hecho y de las uniones de las personas del mismo sexo; los atentados contra los signos religiosos en los espacios públicos; la pretensión de expulsar de la escuela la enseñanza de la religión, el rechazo de la presencia religiosa en los actos públicos, etc.

Repasando bien todos estos acontecimientos, que de manera vertiginosa se han vivido en estos últimos veinticinco años en España, resulta claro que hemos sufrido un fuerte proceso de ingeniería social que, en connivencia con el Nuevo Orden Mundial, dirigido por oligarquías económicas, han tomado a España como un laboratorio donde experimentar la disolución de la antropología cristiana y, en definitiva, de la civilización cristiana con referencias claras contra la Iglesia católica. Mediante un cambio cultural, promovido desde la enseñanza, con la colaboración de los múltiples medios de comunicación y de la informática, se ha querido también arrancar a Dios del corazón humano, rompiendo todos los vínculos que le unen a la Tradición como solar humano: romper los vínculos con la familia, romper los vínculos con la patria común y romper los vínculos con la religión. Rotos estos vínculos, sólo queda como resultado el individuo a quien el consumismo estimula obsesivamente.

Juan Antonio REIG PLA , obispo de Segorbe-Castellón:

«*Porque es eterna su misericordia*»,

Carta pastoral con motivo de los xxv años de la restauración de la diócesis complutense y el jubileo de la misericordia, agosto 2015